

La contribución ecologista en la batalla por el sentido común

(Nuevos argumentos para PODEMOS)



El Observatorio

Crítico de la energía

Iván Calvo
Daniel Carralero
Cristóbal J. Gallego
Rodrigo Moretón
Raquel del Río
José Luis Velasco
Marta Victoria

Este documento surgió como una iniciativa de los autores que lo firman, con el objetivo de hacer públicas algunas ideas que entendíamos que podían contribuir al discurso de PODEMOS. Posteriormente, fue avalado por el Grupo de Trabajo sobre Nuevo Modelo Energético del Círculo 3E (Economía, Ecología y Energía) de PODEMOS. En la actualidad, se trata de un documento abierto que está siendo utilizado como elemento para el debate interno sobre las propuestas del Círculo 3E.

Introducción

La espectacular irrupción de PODEMOS en el panorama político español nos ha enseñado, entre otras muchas lecciones, la importancia de conjugar un discurso radical y coherente al que puedan adherirse los sectores más movilizados de la ciudadanía (minoritarios, pero muy comprometidos) con un lenguaje y una narrativa accesibles a la mayoría social, que reformule lo mejor del programa tradicional de las izquierdas en términos que resulten creíbles e ilusionantes y evitando (incluso al precio de renunciar a ciertos elementos simbólicos) ser identificados con las distintas imágenes creadas por el poder para desacreditar los movimientos con capacidad transformadora (el antisistema violento, el comunista totalitario, el izquierdista trasnochado, etc.).

En ese sentido, los autores de este documento entendemos que el ecologismo tiene un gran potencial para contribuir al discurso y programa de PODEMOS una vez que se lleve a cabo una tarea similar de desactivación de las caricaturas particulares que se han utilizado contra él (el hippie ignorante, el neoludita irresponsable, el animalista sensiblero, etc.). A lo largo de estas páginas trataremos de mostrar cómo PODEMOS puede avanzar varios aspectos centrales de la agenda ecologista, aprovechando para reforzar varios puntos débiles de su propuesta, dar mayor coherencia a su narrativa y dotarse de líneas argumentales nuevas que sean fácilmente transmisibles a la ciudadanía y muy difícilmente contestables por el sistema político, económico y mediático actual.

Nuestra aportación tiene tres niveles:

- El nivel propositivo: una propuesta económica realizable, que permita crear empleo y cambiar realmente el modelo productivo llevando a cabo una reindustrialización del país basada en actividades de alto valor añadido y un programa de I+D sólido. Proporcionaremos una narrativa de "hacia dónde queremos llevar al país" y cómo vamos a hacerlo.

- El nivel discursivo: una serie de argumentos para el debate, bien articulados con el discurso actual, y en los cuales resulte fácil identificarse con el "sentido común" de la calle, proporcionando respuestas creíbles a problemas que el *establishment* soslaya por ser incapaz o carecer de voluntad política para abordarlos.

- El nivel ideológico: argumentos de fondo para desmontar una gran parte del discurso neoliberal.

Cada uno de estos niveles será tratado en una de las secciones siguientes, pero antes de pasar a ello queremos añadir un comentario a esta introducción.

¿Estamos proponiendo con esto que el ecologismo se convierta en un elemento central en el discurso de PODEMOS? No, o al menos no a corto plazo. Las experiencias de Primavera Europea y Equo nos han demostrado que un discurso centrado en el medio ambiente sólo llega, desgraciadamente, a la minoría informada que es consciente de la gravedad y el alcance del problema medioambiental, y que al mismo tiempo no se ha visto golpeada por la crisis hasta el punto de no poder permitirse consideraciones abstractas más allá de sus propios y graves problemas personales. A cambio,

proponemos tomar una buena parte de las propuestas del proyecto ecologista y utilizarlas para ofrecer soluciones a los problemas que preocupan a los ciudadanos, tales como el paro, la dependencia económica y política con el exterior, la pobreza energética, las puertas giratorias, etc.

Al mismo tiempo, es posible adaptar el discurso ecologista a este nuevo prisma sin que quede desvirtuado: todas las medidas que proponemos aquí son de gran importancia desde un punto de vista medioambiental, y en ningún sentido suponen una renuncia. Además, son perfectamente complementarias a otras propuestas tradicionalmente ecologistas que puedan incorporarse durante la elaboración del programa. Si PODEMOS llega al poder y las pone en práctica, España será uno de los países más comprometidos con el medio ambiente del planeta. También es cierto que algunos temas importantes se han quedado fuera (por ejemplo, plantear una confrontación abierta en torno al problema del Cambio Climático), pero creemos que las medidas propuestas contribuyen favorablemente a esos temas, y que ayudando a la consolidación de PODEMOS como fuerza política, estamos contribuyendo a que puedan formar parte de la agenda política a medio plazo, lo que no sucederá nunca mientras permanezca en el poder el bipartidismo.

1. Nivel propositivo

Entendemos que el objetivo prioritario de PODEMOS, que nosotros suscribimos decididamente, es terminar con la situación de emergencia social en la que se encuentra nuestro país: acabar con los desahucios, el paro, la explotación y la pobreza laboral, y restablecer los sistemas públicos que garantizan los derechos ciudadanos. En una palabra, queremos sacar a España, y sobre todo a sus ciudadanos, de la crisis.

Por otra parte, “salir de la crisis” se ha convertido en un lugar común al que supuestamente aspiran todas las fuerzas políticas y al mismo tiempo en una expresión hueca o incluso pervertida, que puede encubrir proyectos muy distintos. Para el *establishment*, “salir de la crisis” significa destruir nuestros derechos sociales y devaluar a nuestros trabajadores hasta que una cierta inversión externa y una hipotética mejora de la situación internacional permitan mejorar ciertas cifras macroeconómicas (como el PIB) y, en el mejor de los casos, crear algo de trabajo a base de generalizar la precariedad y la pobreza laboral. Para nosotros, salir de la crisis significa en primer lugar que la sociedad recupere y supere su nivel de vida anterior, incluyendo renta, empleo, derechos, etc., y en segundo que los culpables de la crisis paguen por sus delitos y que se tomen las medidas necesarias para que no pueda volver a repetirse.

Para salir de la crisis (y lo que también es muy importante, para transmitir la idea de que se puede salir de ella) hay que tener un proyecto de país. En particular, hay que explicar “cuál va a ser nuestra fuente de riqueza”. El proyecto del *establishment* está muy bien definido, pero aprovecha la crisis para imponer el programa de máximos de los poderes financieros y por tanto no es públicamente admisible. En cambio, aunque nuestro programa está aún por definirse, coincide con las aspiraciones de la mayor parte de la sociedad. Si somos capaces de presentar un programa bien acabado, estaremos en una situación de clara ventaja en el debate de fondo sobre el modelo de país.

La lucha contra el fraude, la reforma fiscal y la revisión de la deuda exterior además de ser medidas de obligada aplicación por su justicia social, pueden proporcionar una gran cantidad de recursos, especialmente a corto plazo. Sin embargo, es evidente que a medio plazo es necesario encontrar áreas de actividad económica con valor añadido que creen riqueza en el país. En definitiva, tenemos que decidir “de qué vamos a vivir como país”.

Nuestra propuesta es que la conversión de España en un país puntero tecnológica e industrialmente en eficiencia energética y energías renovables sea uno de los pilares del nuevo proyecto económico. Aunque la protección del medioambiente, la reducción de la contaminación y la lucha contra el cambio climático deberían ser motivos suficientemente fuertes para que el cambio de modelo energético se situase en el centro de la agenda política, existen argumentos de índole meramente económica y estratégica que también lo justifican: incluso obviando el problema de las emisiones de CO₂, la conveniencia de prescindir de los combustibles fósiles reside sobre todo en el hecho de que se están acabando y es previsible que la subida de sus precios se acelere a corto o medio plazo. En un escenario en el que proliferen las tensiones geopolíticas por el control de los combustibles fósiles, nuestro país probablemente carecerá de la influencia necesaria para asegurar su abastecimiento. Esto, combinado con el hecho de que España

importa la práctica totalidad de combustibles fósiles que consume¹ y con que, sin embargo, tiene muy buenas condiciones para abastecerse con renovables (al menos, y por el momento, en lo que al suministro eléctrico se refiere), dejan a uno preguntándose a qué estamos esperando.

A continuación esbozamos nuestras propuestas en los ámbitos de la eficiencia energética y las energías renovables. Después, abordamos las líneas generales de una reforma del mercado eléctrico que, en particular, aportaría una fracción de los recursos necesarios para llevar aquellas a cabo. Finalizamos la Sección 1 con pinceladas acerca de temas que deberían tratarse detenidamente en otros documentos o futuras versiones de este, y con una lista esquemática de nuestras propuestas a modo de resumen.

1.1 Eficiencia energética

Uno de los elementos clave de la crisis fue la creación de una inmensa burbuja inmobiliaria que, gracias a la complicidad entre el poder financiero y la casta política, dedicó una parte substancial de la inversión y los recursos humanos del país a una actividad esencialmente especulativa. El sector de la construcción llegó a representar el 11% del PIB y a emplear a casi tres millones de personas. El negocio de la vivienda fue enormemente lucrativo a corto plazo, ya que en el periodo de 2002 a 2005 la vivienda aumentaba su precio de mercado a una tasa media del 16,5%. Tras la crisis financiera global, y el fin de la burbuja, el sector de la construcción (y aquellos que se alimentaban de él indirectamente) quedó paralizado, lo que ha causado la destrucción de más de la mitad de los empleos asociados.

Por otra parte, aunque hacia el final de la época del boom inmobiliario se renovó el Código Técnico de Edificación para incorporar medidas de eficiencia, la inmensa mayoría de los edificios españoles de uso residencial tienen baja o nula eficiencia energética: su consumo medio está en el entorno de 60 kg CO₂/m²año (una vivienda con calificación energética A debe tener un consumo inferior a 6,7 kg CO₂/m²año). La causa es la falta de aislamiento térmico, sistemas de calefacción y agua caliente eficientes, sistemas eléctricos de bajo consumo, etc. En este contexto, un Plan Nacional de Ahorro Energético en edificios ambicioso y bien coordinado sería de gran utilidad por dos motivos:

En primer lugar, crearía gran cantidad de empleo necesariamente local de baja y media cualificación al que podrían acceder con una mínima inversión en formación buena parte de los trabajadores de la construcción parados tras el estallido de la burbuja inmobiliaria. En efecto, puesto que es previsible que el ritmo de construcción de nuevos edificios sea bastante bajo en los próximos años (ya que hay 3,2 millones de viviendas vacías), el aumento de la eficiencia de los edificios pasa necesariamente por la rehabilitación energética a gran escala del parque existente (mejora de envolventes, renovación de sistemas de calefacción y aire acondicionado, etc.). En segundo lugar, porque a diferencia de lo que sucedió durante el boom, estos empleos tendrían un gran interés social: el consumo doméstico es responsable del 20% del uso de energías fósiles del país (principalmente gasóleo y gas natural, ambos importados). La rehabilitación

¹ España tiene uno de los mayores déficits energéticos de la UE, con un grado de dependencia exterior del orden del 80%. Así, los productos energéticos suponen el principal monto de las importaciones nacionales, llegando al 24% en 2012 según datos de la Agencia Tributaria.

energética puede reducir ese consumo entre el 60 y el 85%, con el consecuente ahorro privado y reequilibrio de la balanza comercial.

El sector de la rehabilitación español está muy lejos de su potencial de desarrollo (sólo supone un 19% de la inversión en construcción, frente al 62% en Alemania) y podría ser estimulado rápidamente mediante inversiones públicas moderadas: el ahorro energético es tan rentable que por cada euro público pueden esperarse entre 4 y 9 euros de inversión privada. Varios países de nuestro entorno (como Alemania y Gran Bretaña) están llevando a cabo ya políticas de estímulo que pueden tomarse como ejemplo.

Así, tomando como referencia un informe sobre España realizado para WWF por la consultora Climate Strategy, con una inversión pública anual de entre 2.000 y 3.500 M€² se podrían rehabilitar 930.000 viviendas al año (el 3,6% del parque residencial), creando unos 300.000 puestos de trabajo en el sector³. Estas reformas producirían un ahorro de 684 €/año para una vivienda media y movilizarían una inversión privada de unos 12.000 M€ anuales, con un esquema de financiación mediante obligaciones de CO₂ que trasladaría el 8% del coste a las empresas del ámbito energético (cuyos actuales superávits son más que suficientes para esto). Durante los primeros 10 años, el 65% de la inversión serían subsidios directos, y el resto préstamos de bajo interés (que serían recuperados después). Al cabo de este periodo, se ahorraría una media de 1.700 M€ al año en consumo de gas y gasóleo (equivalente a un 12,7% de las importaciones totales en 2012) y se habría rehabilitado el 36% del parque. Esto supondría una reducción de consumo de energía primaria total y emisiones de CO₂ del 5% y 6%, respectivamente, además de una reducción del 25% en el consumo energético total del sector residencial. A partir de ese momento, no serían necesarios más subsidios directos, y el ritmo de rehabilitación podría sostenerse al menos durante otras dos décadas sólo con una política de préstamos de bajo interés (por lo que no sólo se recuperaría cualquier inversión posterior, sino que se terminaría generando dinero).

1.2 Energías renovables

Al margen de las medidas de ahorro, la solución de los problemas ecológicos y medioambientales pasa irremediabilmente por un cambio en el modelo energético que reduzca de forma drástica el consumo de combustibles fósiles y por tanto las emisiones de CO₂. En el caso de la generación de electricidad, las fuentes renovables ofrecen ya una alternativa realista. Además, en consonancia con nuestro objetivo prioritario expresado al principio de esta sección, es preciso destacar aquí un argumento económico a favor de las renovables más tangible si cabe: su enorme potencial para crear empleo. Las renovables son la oportunidad de reindustrializar el país y traer de vuelta a muchos jóvenes formados que se han ido al extranjero. Y con empleos de calidad. Esto exigirá que fabriquemos nosotros mismos la tecnología, para lo cual habrá

² La cifra exacta depende del precio de los combustibles fósiles: en un escenario en el que la energía es cara, la eficiencia es más rentable y requiere menos estímulo público.

³ Estos datos son consistentes con los presentados por el informe de 2012 *“Investing for the future: more jobs out of a greener EU Budget”*, elaborado por WWF, BirdLife Europe, CEE Bankwatch Network, European Environmental Bureau, Friends of the Earth Europe and Transport and Environment. (http://d2ouvy59p0dg6k.cloudfront.net/downloads/investing_for_the_future.pdf), que afirma que por cada 1000 M€ de inversión en ahorro se generan 25.900 empleos.

que establecer un sistema de precios que tenga en cuenta el ciclo de vida de los productos.

Así, proponemos la elaboración de otro Plan Nacional de Energías Renovables que incluya toda la cadena de investigación, desarrollo, fabricación e instalación que reduzca drásticamente el consumo de combustibles fósiles en generación eléctrica, creando además un tejido industrial de alto valor añadido propio.

En el informe "*Investing for the future: more jobs out of a greener EU budget*" se estima que por cada 1.000 M€ invertidos en energías renovables se crearían 52.700 empleos. El informe de CCOO "*El autoconsumo y la generación distribuida renovable como yacimiento de empleo*"⁵ ofrece la cifra más modesta de 30.000 empleos por el mismo nivel de inversión. En cualquier caso, resulta ilustrativo comparar esta cifra con los 16.700 empleos creados con la misma inversión en el actual esquema de las Políticas de Cohesión de la Unión Europea. Así, tomando la cifra más conservadora, nos planteamos como objetivo invertir un 1% del PIB de España (unos 10.000 M€) en energías renovables, para generar aproximadamente 300.000 empleos. Aunque se trata de una cifra muy importante, no toda tendría necesariamente que partir de los presupuestos del Estado sino que, como veremos, podría financiarse parcialmente con una reforma del mercado eléctrico.

La mayor parte de la inversión se distribuiría en una mezcla de incentivos directos y préstamos para fomentar la instalación de energías renovables (diseñada para favorecer la subvención de sistemas construidos en España) similar a la de la propuesta en eficiencia. Solamente a modo de ejemplo, y para ilustrar la sensatez de las cifras de inversión, imaginemos que dedicásemos un 25% de ese presupuesto (es decir, 2.500 M€) a un plan insignia de fomento de la energía fotovoltaica. Tomando un multiplicador de 2€ de inversión privada por cada € público⁶ estaríamos hablando de 7.500 M€ en total. Considerando que un 25% de esta cifra se destina a instalar paneles en suelo (con un coste de 1,25 €/Wp) y un 75% a paneles en tejado (2 €/Wp) se podrían instalar unos 4.300 MWp de paneles solares al año⁷ (equivalentes a más de cuatro centrales nucleares) en tejados y suelo. Asumiendo 1.300 horas equivalentes para las instalaciones en tejados y 1.500 para las de suelo, se producirían 5.900 GWh de electricidad, lo que supone el 3.8% de la energía eléctrica generada en 2013 en España. A ese ritmo de instalación, se ahorrarían⁸ alrededor de 140 M€ al año (acumulables) sólo en importaciones de gas natural y después de 10 años la solar generaría tanto como el carbón, el ciclo combinado y la nuclear juntas. Planes similares podrían conseguir desarrollos equivalentes en otras renovables (y en algunos casos con mayores rendimientos económicos a corto plazo que la fotovoltaica) tales como termoeléctrica

⁵ <http://www.istas.ccoo.es/descargas/1901940->

Estudio_El_Autoconsumo_energetico_y_la_generacion_distribuida_renovable_como_yacimiento_de_empleo.pdf

⁶ Se trata de una estimación conservadora, teniendo en cuenta que los tiempos de retorno de la inversión (del orden de 10 años) son menores que en la eficiencia. De hecho, la instalación de FV en España sucedería de manera espontánea a día de hoy sin no hubiera una legislación específicamente diseñada para impedirlo.

⁷ Mientras que España tiene instalados actualmente poco más de 4GW fotovoltaicos, Alemania ya cuenta con más de 24 GW instalados.

⁸ Asumimos que en una central de ciclo combinado el coste del gas es de 24 €/MWh.

solar, eólica offshore, biomasa/digestores, etc. El ahorro total anual en importaciones de gas natural se situaría fácilmente por encima de los 500 M€.

El resto de la inversión se dedicaría a reimpulsar el I+D en renovables y eficiencia energética, de modo que la tecnología española vuelva a colocarse en las primeras posiciones mundiales y permitiendo que nuestra industria pueda competir ventajosamente con las de otros países tanto en el mercado interno como en el internacional. Este esfuerzo debería reforzar los centros de investigación ya existentes, y crear nuevos centros de excelencia internacional bien dotados presupuestariamente (que recuperen a los mejores científicos españoles en el extranjero y atraigan a especialistas internacionales), así como un instituto público de transferencia tecnológica⁹. Los datos de Alemania nos dan una idea tentativa de las cifras de inversión necesarias: ese país ha venido invirtiendo del orden de 200 M€ anuales en I+D en renovables y eficiencia energética a lo largo de la última década¹⁰ (lo que supondría sólo el 2% de la inversión propuesta para España).

1.3 Mercado eléctrico

Cabe esperar que una buena parte del dinero requerido por las anteriores medidas sea recuperable al cabo de unos años, tanto por la devolución de los préstamos como por otros procesos indirectos tales como el descenso de los subsidios por desempleo. Sin embargo, otra parte puede no serlo, implicando un gasto. Aunque este gasto está perfectamente justificado por los efectos beneficiosos que las medidas tendrían para la sociedad y que no pueden ser monetarizados, queda la pregunta de si disponemos de los recursos necesarios para una inversión de esta cuantía, especialmente teniendo en cuenta la urgencia de otros muchos asuntos que también deben ser atendidos, como la reconstrucción de los sistemas de bienestar social.

La respuesta es que buena parte de ese dinero está ahí, ya que el mercado eléctrico genera unos beneficios estratosféricos para el puñado de empresas que lo controlan en régimen de oligopolio. Esta realidad se hace evidente al constatar que, por un lado, la electricidad en España es una de las más caras de Europa; por otro, las eléctricas españolas han obtenido durante toda la crisis beneficios que duplican los de sus homólogas de otros países europeos; y, finalmente, en la última década los ciudadanos hemos contraído una deuda con las eléctricas (el famoso “déficit de tarifa”) que supera los 30.000 millones de euros (lo que equivale a más del 3% del PIB español y a más de 600 € por habitante).

La explicación de esta situación tiene que ver con un hecho claro: la liberalización de la electricidad en 1998, que pasó de ser un servicio público a un bien con valor sometido a mecanismos de mercado. Sólo así pudo erigirse un mercado eléctrico en el que los ciudadanos no pagamos por la electricidad un precio relacionado con su coste real más unos beneficios empresariales razonables, sino que el precio es el resultado de prácticas

⁹ En este sentido, la experiencia alemana puede ser tomada como referencia, creando algo similar a la Sociedad Fraunhofer. En la que, por cierto, trabajan cientos de investigadores españoles que seguramente estarían encantados de volver si se les ofrecieran unas condiciones decentes.

¹⁰ <http://www.ise.fraunhofer.de/en/publications/veroeffentlichungen-pdf-dateien-en/studien-und-konzeptpapiere/recent-facts-about-photovoltaics-in-germany.pdf>

especulativas de dudosa legitimidad orientadas a maximizar los beneficios del mencionado oligopolio.

Por características propias del sector, el mercado eléctrico falla desde su concepción en satisfacer premisas básicas exigibles a cualquier mercado tales como la libertad de entrada (por ejemplo, no es posible instalar más centrales hidroeléctricas). Pero al margen de aspectos académicos, lo más sangrante es que el propio diseño de este mercado permite los llamados “beneficios caídos del cielo”, obtenidos principalmente por las empresas del oligopolio con centrales hidroeléctricas y nucleares. Esto es así porque el coste de generación de estas tecnologías está prácticamente marcado por la inversión inicial. Dicha inversión inicial se produjo antes de la liberalización y contó con grandes incentivos públicos (las nucleares además fueron rescatadas con dinero público en los años 80). Así, el paso al libre mercado conllevó que estas centrales, prácticamente amortizadas, empezasen a arrojar ingentes beneficios a unas pocas empresas cómodamente posicionadas en el sector, en vez de revertir sobre su legítima beneficiaria: la sociedad. Se estima que solamente en concepto de los “beneficios caídos del cielo” que reciben las centrales nucleares e hidráulicas, los consumidores pagan, vía factura eléctrica, un sobrecoste de unos 3.000 millones de euros al año.

Además, existen otros costes del sistema eléctrico (algunos derivados del propio mercado y otros consecuencia de una regulación claramente favorable a la gran empresa) que son sospechosos de estar sobrerretribuidos, reforzando la transferencia de rentas desde la ciudadanía hacia el sector privado vía factura eléctrica. Por ejemplo, la remuneración por el servicio de interrumpibilidad (que permite cortar el suministro eléctrico a ciertas industrias en caso de generación insuficiente) aumenta sistemáticamente cada año (en 2013 rondó los 750 millones de euros), si bien este servicio lleva años sin ser utilizado. Los mercados de ajustes y los costes extra-peninsulares también suponen una sobre-remuneración de 600 y 400 millones de euros anuales respectivamente. El propio pago de la deuda implica un lastre de entre 1.300 y 3.000 millones de euros anuales, sin que el déficit de tarifa se reduzca por ello. Por último, otros conceptos como los pagos por capacidad (remunerar la mera disponibilidad para generar electricidad, aunque ésta no se produzca) y la remuneración por las actividades de transporte y distribución se determinan de forma opaca, y también deberían ser revisados.

En total, estamos hablando de más de 6.000 millones de euros anuales de sobrecostes injustificados que soportan los consumidores eléctricos. Este proceso o estafa sólo puede explicarse por la connivencia de las altas esferas políticas con los grandes poderes económicos y, en concreto, por unos políticos que decidieron dar la espalda a los intereses de la ciudadanía y aprovechar las puertas giratorias para su propio enriquecimiento.

Revertir esta situación pasa por recuperar la noción de política energética, entendida ésta como el diseño de una legislación que persiga intereses no sólo económicos sino también sociales y medioambientales. De este modo, las sobre-remuneraciones antes mencionadas podrían captarse y destinarse a reducir el precio de la electricidad (especialmente para los consumidores más desprotegidos que actualmente sufren de pobreza energética) y a financiar las medidas de los apartados anteriores. Así

conseguiríamos a la vez caminar hacia un modelo energético y productivo sostenible y conseguir el dinero para hacerlo.

Naturalmente, este tipo de medidas se encontrarán con la frontal oposición de la patronal eléctrica. El obstáculo merece un análisis que escapa al propósito de esta propuesta, y nos tememos que es extensible a la práctica totalidad del programa de PODEMOS. Sin embargo, en este caso particular hay una serie de circunstancias que pueden equilibrar en algo esta desigual contienda: en primer lugar, como ya se ha apuntado, las eléctricas son acreedoras de una deuda de más de 30.000 M€ en concepto de déficit de tarifa. Una buena parte de esta deuda ha sido titularizada, y el Estado es garante de esos títulos. En ese sentido, una auditoría de deuda (del estilo de las que PODEMOS probablemente realizará en otros sectores de la economía) podría descubrir que una buena parte de dicha deuda es ilegítima, y el estado sólo tendría que declarar que retirar su aval para causar serios problemas a UNESA. Esto podría mejorar la disposición de las eléctricas para negociar con un Gobierno que no se dejara comprar. Por otra parte, a diferencia de otros sectores empresariales industriales (como, paradigmáticamente, el de la automoción), las eléctricas no pueden utilizar la amenaza de la deslocalización: no pueden desmontar y llevarse así como así las centrales nucleares ni los parques eólicos y ciclos combinados (que aún están pagando), así que sería muy sorprendente que lo hicieran. Por otra parte, el Estado les podría hacer un buen precio por ellos si realmente tuvieran mucha prisa por irse.

Como conclusión, existen medidas de aplicación inmediata que permitirían no sólo terminar con el déficit de tarifa, sino también proporcionar los recursos necesarios para financiar las medidas de desarrollo de renovables y eficiencia expuestas en los puntos anteriores. Quizá sea prematuro apuntar el marco en el que dichas medidas deban tomarse (un sector totalmente nacionalizado o la existencia de mercados fuertemente supervisados para remunerar ciertas actividades), y seguramente precise de un debate profundo por parte de la sociedad (al igual que lo que propone PODEMOS en otros ámbitos, las medidas tomadas podrían interaccionar con el marco de la Unión Europea). Lo que sí está claro es que el sistema eléctrico requiere de una profunda reforma que acabe con el actual oligopolio y establezca un marco regulatorio sensato basado en los siguientes aspectos:

- Los objetivos últimos del sistema eléctrico no son sólo económicos, sino también sociales y ambientales. Por tanto, se debe tender hacia un aumento de nuestra soberanía energética, una disminución de las emisiones de CO₂ y producción de residuos y la garantía de que todos los ciudadanos puedan acceder a la electricidad a un precio razonable. El mercado eléctrico que funciona actualmente para fijar el precio del kilovatio hora no es capaz de acercarnos a ninguno de estos objetivos, por tanto debe aumentar la regulación del mismo o ser modificado radicalmente.

- Cada fuente de energía debe ser retribuida de manera sensata mediante un cálculo que incluya sus externalidades (positivas y negativas). Esto puede hacerse mediante un regreso a un esquema como el que funcionaba en España hasta 1997 (Marco Legal Estable) en el que cada tecnología recibía un precio garantizado por cada kilovatio hora generado o bien mediante subastas de potencia para cada una de las tecnologías.

- El futuro modelo energético tiene que pasar indefectiblemente por la participación ciudadana. Por eso, el plan de eficiencia incluye fomentar muy fuertemente el autoconsumo en las viviendas y empresas, y la venta del excedente de energía. Aunque acabemos con las puertas giratorias y desaparezca la tentación de un sueldo estratosférico en una empresa del oligopolio, no podemos elegir cada cuatro años al ministro de industria y dejarle hacer y deshacer a su antojo. El sector energético, como todos los demás, requiere de la participación y del control de las decisiones políticas por parte de la ciudadanía.

1.4 Otros aspectos

Protección de la industria nacional

Hay más posibilidades de inversión que deben estudiarse e impulsarse. Pero el hecho es que en la cuestión energética no hay alternativa. No podemos depender para siempre de materias primas finitas (que además vienen del extranjero) ni seguir emitiendo CO₂. No hay más remedio que cambiar, y las grandes potencias económicas (con EEUU, Alemania y China a la cabeza) están empezando a movilizar grandes cantidades de recursos para colocarse en posiciones prominentes de cara a lo algunos llaman la Tercera Revolución Industrial¹¹. Nuestro país tiene buenas condiciones para participar e incluso para liderar ese proceso: España ha sido pionera en la instalación e integración de las energías renovables. Por ejemplo, Red Eléctrica Española, la empresa pública de transporte, es la envidia del mundo. Teníamos, hasta hace unos años, un sistema de investigación pública puntero en muchos campos. Sólo necesitamos aprovechar la inversión en know-how que ya hemos hecho y retomar la que estamos abandonando por los recortes.

Este tipo de políticas tendrían además ventajas intangibles pero considerables en materia de política exterior. En primer lugar, lo ya mencionado sobre soberanía energética: no depender del gas de Rusia o Argelia o del uranio de Níger y mejorar nuestra balanza comercial exterior (lo que tendría considerables ventajas en caso de que el Gobierno tuviera dificultades para encontrar financiación en una hipotética salida del euro). Con las propuestas concretas presentadas aquí se podría llegar a reducir el consumo nacional de combustibles fósiles en más de un 30% en 10 años. Lograr la independencia energética en el plazo de 25 años es posible. Sin embargo, además de reducir nuestras importaciones, podríamos aumentar considerablemente nuestras exportaciones de tecnología renovable. Aparte del interés general de aumentar las exportaciones, esto nos permitiría convertirnos en socios comerciales atractivos para muchos países en vías de desarrollo, contribuyendo a su desarrollo sostenible. Esto es especialmente importante en el caso de América Latina y el Magreb, por las especiales relaciones que mantiene con ellos España y por su potencial para la implantación de sistemas de generación renovable.

¹¹ Según [un informe de Bloomberg](#) (poco sospechoso de ecologismo), EEUU y China están compitiendo por la posición de liderazgo mundial en inversión renovables, con 48.000 y 45.500 millones de dólares respectivamente en 2011. Por ejemplo, la generación eólica en China pasó en cinco años de ser despreciable a quintuplicar la generación nuclear. A nivel global, sólo el mercado solar supuso ese año 136.000 M€, creciendo un 36% frente al año anterior.

Por otra parte, una legislación medioambiental adecuada puede permitir al Gobierno crear herramientas proteccionistas ¹² razonablemente justificables en el clima librecambista internacional: por ejemplo, contabilizando las emisiones de carbono a lo largo de todo el ciclo de un producto (incluyendo no sólo la fabricación, sino también todas las etapas de transporte) como parte de un requisito para obtener las subvenciones mencionadas en la propuestas, se puede encontrar un encaje dentro de la legalidad europea para impedir que las multinacionales deslocalizadas (cuyos productos tienen una larga huella de carbono en el transporte) se impongan a la industria local, protegiendo a los trabajadores del dumping social, desincentivando la deslocalización y potenciando la creación de un sistema económico global donde la producción se ajuste al consumo local.

Más allá de la electricidad

Es cierto que el consumo de electricidad supone aproximadamente un cuarto del consumo final de energía. Del resto, la mitad aproximadamente corresponde al gasto en transporte. Reducir por tanto el consumo de combustibles fósiles en el transporte, que también importamos en gran cantidad, iría exactamente en el mismo sentido que nuestras propuestas.

Por ello, junto con la I+D en renovables y eficiencia, es necesario dar un fuerte impulso a la investigación en almacenamiento de energía eléctrica y electrificación del transporte. Esto permitirá aprovechar los picos de producción de electricidad de origen renovable (que ya existen y serán mayores cuando se implemente nuestro plan) para abastecer al transporte. Los beneficios en cuanto a creación de empleo y ahorro son difíciles de estimar, en tanto en cuanto la electrificación del transporte supondrá una reforma radical de éste, pero indudablemente existen, y de hecho países como Alemania están empezando a dar pasos en esta dirección¹³. Por otra parte, la investigación en este campo está menos madura que en el de las energías renovables, así que situarnos en una posición de liderazgo requeriría un esfuerzo relativamente pequeño.

Los hidrocarburos nacionales

Debemos dotarnos de una legislación centrada en la soberanía popular: los recursos naturales de nuestro país pertenecen a todos los ciudadanos y por lo tanto a) sólo los ciudadanos pueden decidir que se exploten b) los beneficios económicos derivados tendrán que ser adecuadamente comparados con sus riesgos sociales (ambientales, sanitarios, económicos, etc.) y c) si son explotados, los beneficios deben ser para la sociedad (preferentemente local), nunca privados. El Estado podrá contratar a empresas para que extraigan sus recursos a cambio de un pago estipulado, pero no dar los derechos sin más. No deberían conseguir asustarnos con la amenaza de que en tales condiciones las empresas energéticas abandonarán España: los ejemplos latinoamericanos (como es el caso de Bolivia) demuestran que, antes de quedarse sin nada, las empresas están dispuestas a explotar recursos naturales en condiciones razonables.

¹² Por supuesto, el problema general de la conveniencia del proteccionismo se escapa por completo al alcance de esta propuesta. Nos limitamos a señalar la posibilidad de utilizar este tipo de herramientas.

¹³ <http://www.gtai.de/GTAI/Navigation/EN/Invest/Industries/Smarter-business/Smart-mobility/national-electromobility-development-plan.html#384078>

El carbón nacional

La política a medio plazo tiene que ser la de cerrar las centrales térmicas y las cuencas mineras basadas en el carbón. Sin embargo, el cierre de las cuencas mineras se realizará progresivamente y tomando la reconversión económica de las comarcas afectadas como principal prioridad en el proceso. Para ello, se empleará el dinero destinado actualmente a subvencionar el carbón, más parte de los beneficios de la reforma energética, fomentando la creación de puestos de trabajo relacionados con las energías renovables.

1.5 Resumen esquemático de las principales propuestas

- Plan nacional de eficiencia energética que reconvierta parte del sector de la construcción. Inversión pública de entre 2.000 M€ y 3.500M€ que llevará a la creación de 300.000 puestos de trabajo, y al cabo de 10 años a un ahorro medio de 1.700M€ en consumo de hidrocarburos.
- Modificación de la ley de autogeneración y fomento de la instalación de energías renovables, acompañada del fomento de la industria nacional de energías renovables. Una inversión de 10.000 M€ creará alrededor de 300.000 puestos de trabajo (una parte substancial también reconvertidos desde el sector de la construcción) y un ahorro anual en importaciones de gas natural por encima de 500 M€. Plan estratégico nacional de I+D renovable con un coste anual en el entorno de los 200 M€.
- Reforma del mercado eléctrico destinada a acabar con la transferencia de rentas injustificada de la ciudadanía a las empresas del oligopolio eléctrico. Recuperación de unos 6.000 M€ anuales a distribuir entre diferentes objetivos (abaratamiento de la luz, financiar otras medidas, etc.).
- Legislación sobre emisión en ciclo de vida de los productos que permita incorporar criterios proteccionistas que defiendan la economía local.
- Legislación soberanista sobre materias primas.

2. El nivel discursivo

Si se quieren llevar a cabo las propuestas de la sección anterior, es evidente que será necesario presentarlas y defenderlas ante la opinión pública. Como sucede con una buena parte del discurso de PODEMOS, estas propuestas desafían el “conocimiento convencional” o “sentido común” hegemónico, y encontrarán con seguridad una fuerte contestación entre el sector más conservador de los medios de comunicación. Los autores entendemos que los beneficios del programa propuesto son suficientemente evidentes si pueden ser expuestos de manera sosegada y con cierto nivel de detalle (por ejemplo, en una entrevista larga). Sin embargo, a menudo eso no es posible y será necesario resumir los aspectos más importantes para transmitirlos en los típicos espacios breves del formato televisivo o radiofónico y enfrentarse con las muchas falacias que ha popularizado una década de propaganda antirrenovable. Además, como se exponía en la introducción, la unión coherente de ecologismo, economía y problemas sociales de primer orden (en concreto, el paro y la pobreza energética) puede proporcionar a PODEMOS líneas argumentales nuevas en las que la ciudadanía se vea reconocida y que superen discursivamente al sistema político, económico y mediático actual. Así, en esta sección discutimos la mejor manera de exponer el programa, y tratamos de refutar algunos de los principales argumentos utilizados habitualmente para desacreditar las energías renovables o justificar la desvergüenza del mercado eléctrico.

2.1 El proyecto de país

Uno de los puntos fuertes de esta propuesta es que permite afirmar que se tiene un plan, un proyecto para el país. Que **no "salimos de la crisis"** sin especificar de qué forma, como por arte de magia, sino que **nos sacamos de la crisis** decidiendo entre todos cómo nos vamos a ganar la vida cómo país. Es difícil exagerar lo novedoso que resulta esto en el panorama político actual y contrasta muy fuertemente con el discurso de los partidos mayoritarios que **no pueden responder honestamente a la pregunta de “qué vamos a ser como país”** porque, o no tienen ese plan, o si lo tienen no es aceptable para la mayoría.

De hecho, muchos tertulianos empiezan a hacer esta pregunta a PODEMOS (y no al resto) de forma insistente. Esta propuesta permitiría demostrar que **nosotros sí** estamos en situación de dar una respuesta válida y sincera, para dar la vuelta a la situación y poner en apuros a los rivales rebotándoles la pregunta. El dar mejores respuestas, alcanzando un nivel de concreción y detalle sin precedentes en nuestro panorama político, redundará en una **imagen de seriedad** (como mínimo relativa) que PODEMOS aún no ha conseguido plenamente entre toda la ciudadanía.

En realidad, el PP ya ha contestado indirectamente a esta pregunta, tanto a través de sus declaraciones (por ejemplo, decía Rajoy “[El modelo de Camps] es el que yo quiero aplicar para el Gobierno de España”) como de sus iniciativas (con ejemplos como Eurovegas o la búsqueda declarada de la devaluación interna). Su “plan de recuperación” consiste en que los especuladores de todo el mundo vengán a crear casinos, resorts para extranjeros y, en el mejor de los casos, si bajamos suficientemente los sueldos, algunas fábricas en las que se trabaje en condiciones laborales que nos permitan competir a la baja con China. No pueden decirlo en voz alta, y utilizan rodeos y

eufemismos, como llamar a Eurovegas "centro de convenciones", pero su discurso es bastante transparente. Frente a esto, nosotros ofrecemos empleos de calidad; **proponemos un país del que uno puede sentirse orgulloso y podemos decirlo alto y claro.**

2.2 La ventana de oportunidad del cambio de modelo energético

Por supuesto, estos elementos no son completamente exclusivos de la propuesta concreta que aquí hacemos, basada en eficiencia energética y energías renovables. Sin embargo, esta propuesta presenta varias **posibles ventajas desde el punto de vista discursivo**. Por un lado, cualquier reforma de calibre del sistema productivo será difícil, ya que se enfrentará a una gran resistencia por parte de los sectores privilegiados, que en el sector eléctrico (a pesar de la profunda desconfianza que inspira entre los ciudadanos) gozan de gran poder económico y mediático. Un hipotético Gobierno de PODEMOS sólo será capaz de reformar una parte del sistema si cuenta con un apoyo suficiente de la ciudadanía, para lo que será necesario hacer propuestas que sean percibidas como realizables.

Por otro lado, el hecho de que nuestra propuesta se articule alrededor de (y requiera necesariamente) una reforma completa del sistema eléctrico es aquí una ventaja: **prácticamente nadie defiende el sistema eléctrico actual**, y prácticamente todo el mundo es consciente de que **su funcionamiento es escandaloso. Este descontento generalizado** –que se plasmó por ejemplo en la emisión del programa "Oligopoly" de Salvados hace algo más de un año- **nos abre una ventana de oportunidad: las subidas de la luz, las malas prácticas del oligopolio, sus beneficios multimillonarios, los salarios estratosféricos, las puertas giratorias, etc.** conforman una realidad que ya está grabada en el imaginario colectivo y proporciona **argumentos indiscutibles** para exigir un cambio. Ejemplos muy claros de esto son:

- La **pobreza energética**. Mientras las eléctricas siguen obteniendo beneficios multimillonarios, que superan a sus homólogas europeas, han dejado a más de un millón de hogares sin luz por impago. Es más: las familias españolas ya gastan un porcentaje importante de su renta en energía (calefacción más gasolina); si el precio de la energía sigue subiendo ¿cuánta gente caerá en la situación de pobreza energética? **No queremos ni una familia sin electricidad o calefacción.**

- **La práctica prohibición**, mediante el cobro de un peaje, **del autoconsumo** de energía mediante placas fotovoltaicas instaladas en los inmuebles. Se ha llegado a comparar esta situación (no de forma totalmente rigurosa, eso sí) con que Mercadona te cobre por plantar tomates en tu propio huerto. Otra imagen muy potente y más rigurosa es que las compañías eléctricas **quieren privatizar o secuestrar el sol por miedo al cambio**. Esta imagen encaja bien dentro de la narrativa de PODEMOS de que estamos metiendo miedo a los de arriba.

- Además, mientras privatizan el sol, especulan con el agua que recogen en centrales hidroeléctricas en cuya construcción colaboramos económicamente todos. **Los recursos naturales son de todos, no de la casta** ¿Con qué derecho se enriquecen obscenamente algunas empresas usando la lluvia y los ríos? ¿con qué derecho quieren romper el

subsuelo, contaminar nuestros acuíferos, causar terremotos, amenazar Canarias con una marea negra, y todo para ganar un dinero que sólo se van a quedar ellas?

Esto enlaza bien con el discurso progresista de **componente soberanista** característico de PODEMOS: una de las cosas que conseguimos con esta reforma es la **soberanía energética y de materias primas** (al reducir la compra de gas y petróleo a otros países) y **económica** (al conseguir superávit de la balanza de pagos) frente a las grandes empresas y poderes financieros que especulan con materias primas y deuda.

Es más, a pesar de que las energías renovables son supuestamente ruinosas e inútiles, todas las principales economías del planeta están invirtiendo muy fuertemente en ellas, tanto para tratar de mantenerse a la cabeza de su desarrollo tecnológico como para aumentar la potencia instalada en su territorio. Ejemplos claros son Alemania, EEUU y China. ¿Y por qué en España no se hace algo similar? Porque nuestra política energética está hipotecada por la deuda con las eléctricas, que alcanza el 3% del PIB. Y esto a pesar de que estas compañías llevan una década ganando el doble de lo que ganan las eléctricas de otros países. Sólo hay una explicación para este hecho escandaloso: **el oligopolio eléctrico es un cártel mafioso que** ha llevado a cabo uno de los mayores robos de la historia de España. La consecuencia es **que nos empujan de nuevo al "que inventen ellos"**. Lo cual es una desgracia porque, en contra de lo que dicen los ignorantes, y los que nunca han sido capaces de innovar en nada, el I+D español en renovables ha sido excelente. Por ejemplo, Red Eléctrica ha sido pionera en integrar la producción eólica y fotovoltaica con picos de hasta el 50% de la demanda. El gasto en € por kWh producido por fuentes renovables ha sido en general menor en España que en Alemania, sin ir más lejos. Sin embargo, ahora están tirando por la borda esta inversión. **Defender nuestro país es intervenir para impedirselo.**

Por otra parte, **la fuerte componente técnica juega también a nuestro favor**, ya que permite explicar mejor la viabilidad de las propuestas: cómo de beneficioso va a ser recuperar la confianza exterior y aumentar la competitividad para las exportaciones, así en abstracto, no tiene respuesta; cuántos visitantes habría tenido Eurovegas no dependía solamente de lo que hicieran sus promotores. **Los euros que va a ahorrar un parque eólico de 1GW son calculables por adelantado con razonable precisión.**

Además, pone de manifiesto que las propuestas de PODEMOS han sido **elaboradas y serán puestas en práctica por lo mejor de la ciudadanía movilizada: decenas de científicos, juristas, ingenieros, arquitectos**, mientras que la política energética del PP la dictan el presidente de Iberdrola y el primo de Rajoy. A ellos se les llena la boca de que somos inexpertos, y luego sus ministros son todos políticos profesionales que no tienen ni idea de lo que hacen, en muchos casos nunca han trabajado en nada (cuando no vienen de Lehman Brothers), y son unos ignorantes sin CVs. Nosotros tenemos de nuestro lado a lo mejor de la generación más formada de nuestra historia.

Conviene por último no olvidar que esta propuesta es fuertemente **técnica pero no tecnocrática**. Su objetivo último es dar a la ciudadanía capacidad de hacer política energética.

2.3 Las posibles críticas: lecciones aprendidas en el mercado eléctrico

Como se adelantaba al comienzo, es esperable que la reacción a nuestras propuestas no sea una discusión rigurosa y elaborada de ellas, de sus cálculos y estimaciones, etc. (para la que estamos preparados), sino una serie de ataques fáciles que busquen invalidarlas al completo poniendo en duda alguna de sus premisas acudiendo a algunas de las muchas falacias que se han extendido entre la ciudadanía en los últimos años.

Para empezar, es evidente cuál será la reacción ante la idea misma de hacer política energética: **hoy en día, ante todo lo que suena a planificación, a control estatal, a regulación, a no dejar funcionar el mercado, se pone el grito en el cielo y se agita el espantajo del comunismo y el plan quinquenal.**

En realidad, es muy fácil ver que esa crítica no tiene ni pies ni cabeza: basta con un vistazo a la **hemeroteca** en los 70 y 80. No olvidemos que, aunque hayan pasado tres décadas, las leyes del electromagnetismo no han cambiado; la energía eléctrica sigue generándose mayoritariamente mediante turbinas; sigue sin poder almacenarse en grandes cantidades; sigue transportándose en líneas de alta tensión y distribuyéndose en líneas de media y baja tensión; sigue requiriendo planificación a largo plazo, inversiones relativamente grandes y financiación externa. Los argumentos que valían antes no pueden ser muy inválidos ahora.

Pues bien, la hemeroteca está llena de declaraciones de ministros de UCD diciendo que es necesario "el refuerzo de la actuación administrativa de control y el seguimiento continuado de las actuaciones sectoriales y empresariales en todos sus aspectos", defendiendo que la "programación de las actuaciones de los distintos subsectores, y de las empresas que se enmarcan en cada uno de ellos, debe estar rigurosamente supeditada al Plan Energético Nacional" y que "el control sobre la actividad de las compañías podría establecerse a partir de la presencia de delegados gubernamentales en las sociedades privadas". Y de declaraciones de Alianza Popular limitándose a pedir "que esos controles no perturbaran la eficacia del sistema eléctrico". Y por supuesto, en aquella época el PSOE pedía la completa nacionalización del sector.

Sin embargo, también hay motivos de mayor carga ideológica para rechazar estas críticas. Al fin y al cabo, **el sistema eléctrico cuyo funcionamiento desastroso nadie puede negar es el resultado de una liberalización, acompañada en el tiempo con la privatización total de Endesa**, la empresa pública de electricidad. En el sector eléctrico, el meme de que el mercado es el mejor gestor puede confrontarse con la realidad y demostrarse como falso. De hecho, esto nos lleva a una idea importante, que trasciende a esta propuesta concreta: **el sector eléctrico es un ejemplo de libro (y de nuevo, un ejemplo muy bien documentado por la hemeroteca) de cómo, por qué y con qué consecuencias se liberaliza un sector estratégico.** Tenemos:

- Una privatización de la empresa pública de electricidad (la empresa que más beneficios daba de España) después de estrangularla financieramente y de poner en su presidencia a adoradores de Hayek, Friedman y Laffer.

- Una liberalización del sistema eléctrico en que se toman medidas explícitas contra la competencia y hacia el oligopolio.

- Un bien de primera necesidad al que no todo el mundo tiene acceso, porque el servicio está controlado por el mercado y gestionado según su lógica.

- Una burbuja nuclear , que hizo que tuviéramos que rescatar a las eléctricas (que a su vez nunca dejaron de tener beneficios).

- Acusaciones de financiación ilegal de partidos y puertas giratorias.

- Una deuda con las eléctricas, el déficit de tarifa, que subordina (y paraliza prácticamente) toda nuestra política energética.

La mayoría de estos elementos, que se dieron en el sector eléctrico desde los 80, se empiezan a dar ahora en otros sectores (Educación, Sanidad, Transportes...). Los defensores de la privatización de la Sanidad usan los mismos argumentos que usó Piqué para liberalizar el sector eléctrico; la formación y explosión de la burbuja nuclear se repite paso por paso, por ejemplo, con las autopistas radiales de Madrid. **Igual que el sector eléctrico fue una de las puntas de lanza de la ofensiva neoliberal de los 80 y 90 en España, puede serlo de nuestra contraofensiva. Un discurso coherente y bien elaborado** sobre cómo su liberalización ha sido desastrosa y cómo es necesario retomar su control -que debería ser relativamente fácil de preparar y de transmitir-, **podrá ser utilizado también para enfrentarse a las privatizaciones en otros sectores.** A modo de ejemplo, algo así ha ocurrido ya con el término "puertas giratorias": la expresión procede principalmente del sector energético (en el que esto ocurre de forma más escandalosa) y sin embargo ahora se utiliza ya en contextos mucho más generales para describir la corrupción corporativa de la clase política.

Del mismo modo que el desastroso ejemplo del sector eléctrico sirve para refutar rotundamente las supuestas virtudes de la privatización, la existencia del **déficit de tarifa** puede ser extremadamente útil para ejemplificar el discurso sobre la deuda. Este discurso, incluso dando por conocido el concepto abstracto de "deuda odiosa", suele ser bastante difícil de concretar: ¿por dónde se empieza? ¿qué se audita? ¿cómo? ¿qué parte no se paga? En cambio, el déficit de tarifa es relativamente fácil de auditar, porque sabemos a cuánto se ha pagado el kWh y es posible estimar el coste del kWh para cada tecnología (es más, habremos hecho el cálculo al reformar el sistema eléctrico); conocemos también las subvenciones concedidas a las eléctricas a lo largo de los años. Por otra parte, se trata una deuda relativamente fácil de impagar: las grandes eléctricas no se van a llevar sus centrales a modo de represalia. Y por último, el profundo descrédito que han acumulado año tras año -por su opacidad en la factura de la luz, por sus obscenas campañas publicitarias, por su evidente indiferencia hacia el bienestar de la ciudadanía, etc.- asegura que la ciudadanía apoyará medidas enérgicas para acabar con esta estafa.

Por último, existen varios ejemplos de países que han nacionalizado recientemente partes de su sistema eléctrico para garantizar el cumplimiento de otros objetivos que se alejan de la mera maximización de beneficios empresariales. Estamos hablando de la nacionalización de las redes de transporte y distribución en Bolivia, pero también de las más de 70 remunicipalizaciones de redes de distribución llevadas a cabo en Alemania en la última década. Entre ellas la de la ciudad de Hamburgo, donde sus habitantes

decidieron a través de un referéndum recuperar la propiedad de sus redes de distribución de electricidad, gas y calefacción doméstica.

2.4 Mitos sobre las energías renovables

Otras críticas que se puede esperar son aquellas dirigidas a las energías renovables, tan desprestigiadas después de años de campaña mediática continua y llena de mentiras por parte del oligopolio. Es absolutamente imprescindible estar preparados para zanjar el tema de manera concisa y aportando datos fiables y objetivos cuando nos encontremos ante alguna de estas falacias. Discutimos a continuación algunos de los ejemplos más comunes:

"Las energías renovables nunca podrán producir un porcentaje significativo de la electricidad".

En 2013 las energías renovables generaron el 42,4% de la electricidad consumida. Por primera vez, en 2013, la energía eólica fue la principal fuente, produciendo un 20,9% de la electricidad. Esto no había ocurrido nunca en el mundo. Más recientemente, el 9 de Junio de 2014 sólo la energía solar llegó a producir más del 50% de la demanda eléctrica de Alemania, con un consumo mucho mayor y una irradiación solar mucho menor.

Datos como estos hacen que los mitos basados en la supuesta inmadurez de las renovables estén desapareciendo rápidamente del argumentario de sus críticos. Ahora, en general, los ataques se basan en su pretendida inviabilidad económica.

"Las primas a las renovables en España han sido un derroche".

El esquema de primas español no ha sido muy diferente del de otros países pioneros en la instalación de renovables; por ejemplo, Alemania. En 2012 las primas por MWh generado con eólica y fotovoltaica fueron similares en ambos países. En cuanto al gasto total en primas a la fotovoltaica (la más denostada de las tecnologías renovables por las grandes eléctricas y los medios), en 2012 este representó en España aproximadamente un 0,25% del PIB y en Alemania un 0,33%.

Lo único extravagante de nuestro sistema de primas fue la torpeza legislativa de 2008 que dio lugar a lo que se ha conocido como "burbuja fotovoltaica". Hay que saber que similares fenómenos con parecidas causas (por ejemplo el decreto "Salva Alcoa" en Italia) se dieron en otros países; ni en esos países ni aquí las consecuencias fueron tan graves como nos quieren hacer creer.

"En España nos lanzamos a invertir en renovables demasiado pronto".

El hecho de que otros países estén invirtiendo fuertemente en renovables ha ido cambiando el argumento, y ahora se pone en duda la oportunidad de haberlo hecho tan pronto, cuando eran inmaduras y las primas necesarias, altas.

El crecimiento de la producción fotovoltaica ha sido exponencial en todos los países: esto es lo natural en una tecnología en fase de desarrollo cuyos costes decrecen

rápidamente. Eso significa que las plantas más inmaduras y caras son muy pocas en comparación con las más eficientes. En todo caso, ese es el procedimiento estándar en I+D. Hay que pasar por prototipos caros hasta conseguir producir en masa de forma eficiente. Si no estás dispuesto a eso, hay que dejar que inventen los otros.

Así como las críticas a la inmadurez de las renovables son cada vez más infrecuentes, también se aprecia una clara diferenciación entre las críticas económicas a la eólica y a la fotovoltaica. Esto es debido a que la primera ya está al nivel de ser claramente competitiva sin primas.

"Las energías renovables están muy bien, pero son demasiado caras. No nos las podemos permitir."

El BOE del 5 de agosto de 2014 reconocía que en Baleares la fotovoltaica es la fuente más barata.

Además, firmas de asesoría financiera nada sospechosas de ecologistas, como Lazard, Morgan Stanley o UBS estiman que el precio de la energía generada mediante instalaciones fotovoltaicas en suelo es inferior al producido mediante fuentes de generación clásicas basadas en energía nuclear, carbón o petróleo¹⁴.

¹⁴ "Levelized cost of energy analysis - Version 8.0", Lazard, 2014.

3. El nivel ideológico: *“Genealogía ideológica del ecologismo. Notas para superar el discurso hegemónico neoliberal”*

Tras el comienzo de la crisis financiera global a finales de 2008, y a medida que se impuso la idea de que no se trataba de un fenómeno periódico pasajero sino de un cambio de ciclo causado por el agotamiento de la economía especulativa, el discurso imperante entre los líderes políticos y principales medios de comunicación fue abandonando toda forma de crítica hacia el sistema económico y político. De los anuncios altisonantes acerca de la refundación del capitalismo se pasó en pocos meses a la claudicación total de los estados frente a las máximas neoliberales: lejos de cambiar las reglas del sistema, se comenzó a aplicar ciegamente la doctrina de contención del gasto público y a conceder obscenos rescates a los mismos poderes financieros que causaron la crisis. Así, paradójicamente¹⁵, la crisis del modelo financiero ha acabado desembocado en el desmantelamiento organizado del sistema de bienestar social europeo y en una deriva autoritaria muy preocupante en todas las democracias representativas occidentales. En este contexto, en el que la necesidad de pragmatismo se utilizó sistemáticamente para justificar la renuncia a medidas que atacaran la raíz de la crisis, uno de los primeros “lujos” a los que hubo que renunciar fue el de preguntarnos acerca de la sostenibilidad¹⁶ medioambiental de nuestro modelo económico. En poco más de seis meses se pasó de la cumbre de Copenhague, que tras una década de negociaciones iba a aprovechar una conjunción de factores irrepetibles para sellar una alianza internacional que atajara de una vez por todas el problema del Cambio Climático, a la situación actual en la que, después del bochornoso fracaso de la cumbre (con todas sus implicaciones geopolíticas), toda referencia al problema parece haber desaparecido de los medios de comunicación y el negacionismo climático gana posiciones entre la opinión pública por todo el mundo. Dada la gravedad de la situación, ¿tiene sentido seguir insistiendo en la cuestión ecologista en lugar de centrar los esfuerzos en la recuperación de la economía o en todo caso en la reforma del sistema financiero? E independientemente de ello, ¿por qué el ecologismo desapareció tan rápida y eficazmente de la lista de cosas “urgentes”?

Evidentemente, se trata de un asunto demasiado complicado para dar respuestas sencillas a estas preguntas. Desde el cortoplacismo de la clase política occidental o la innegable influencia que ejercen los profundos intereses económicos amenazados por las reformas necesarias, al cambio cierto de circunstancias que ha tenido lugar y que ha dado como resultado una situación geopolítica más inestable y en la que alcanzar el consenso político o reunir los recursos necesarios es mucho más difícil, se pueden citar muchos factores relevantes, que requerirían de un análisis que va mucho más allá del

¹⁵ Por supuesto, la paradoja es sólo aparente: como explica Klein en “La Doctrina del Shock” esta misma maniobra ya había sido realizada muchas veces en países del Sur global en las últimas décadas. La novedad de esta crisis es que la debilidad de los movimientos sociales occidentales había llegado a tal punto que los poderes financieros se atrevieron al fin a probar esas tácticas en el Primer Mundo.

¹⁶ El término “sostenibilidad”, como antes sucedió con “desarrollo sostenible” ha caído ya en el descrédito por haberse convertido en un eufemismo destinado a camuflar bajo una etiqueta verde las prácticas económicas tradicionales. Aquí queremos reivindicar su significado original en el que significa “satisfacer las necesidades de la actual generación sin sacrificar la capacidad de futuras generaciones de satisfacer las suyas”.

propósito de este ensayo. Sin embargo, existe un aspecto del problema que a menudo se pasa por alto pero cuyas implicaciones pueden llegar a ser muy importantes: ¿Dónde encaja ideológicamente el ecologismo? ¿Realmente se puede hablar de una “ideología ecologista”, o estamos simplemente ante una cuestión de sensibilidad independiente de la política?

Por supuesto, la respuesta depende profundamente de qué entendamos por ecologismo y ha ido evolucionando históricamente en la misma medida en que lo ha hecho el propio movimiento ecologista. El ecologismo tradicional, principalmente centrado en la cuestión conservacionista (defensa de los hábitats, conservación de las especies, lucha contra el maltrato animal en hogares, granjas y laboratorios, etc.), contiene evidentemente muchos menos elementos propiamente políticos y muchos más estrictamente “de sensibilidad” que un ecologismo más moderno y más amplio -que podríamos tentativamente llamar “estructural”- que no se limita a estas cuestiones (aunque, por supuesto, también las incluye) sino que discute de manera general las transformaciones económicas, políticas, sociales y tecnológicas necesarias para poder garantizar la sostenibilidad efectiva de las sociedades humanas en el planeta. Pese a las diferencias evidentes entre ambos planteamientos, es posible afirmar –y esa es la tesis central de este ensayo- que varios elementos centrales del pensamiento ecologista están ausentes en todos los grandes sistemas ideológicos del siglo XX, cuando no entran en abierta contradicción con ellos. Estas diferencias son muy evidentes en el caso del pensamiento derechista neoliberal predominante: basta un análisis superficial para comprender que las mayores amenazas al ecosistema planetario proceden de los excesos de la sociedad de consumo y del capitalismo, y que para enfrentar dichas amenazas es necesario cuestionar muchos de sus conceptos y valores centrales. Sin embargo, y esto ya no resulta tan evidente, también existen resistencias similares en el pensamiento izquierdista tradicional, cuyas posturas en muchos temas relevantes son igualmente incompatibles con el ecologismo estructural. Esta incompatibilidad ideológica esencial es sin duda un factor relevante a la hora de explicar la impermeabilidad de la sociedad hacia los aspectos más estructurales del pensamiento ecologista, siendo particularmente importantes las resistencias que se encuentran en la clase política (en este caso, entendiéndola no sólo a la cúpula profesionalizada, sino de manera más general, a la parte de la sociedad movilizada políticamente en partidos, sindicatos, asociaciones, etc.), no sólo por tratarse de los agentes de la transformación social, sino porque la presencia de ideologías anteriores (mucho más importante en esta clase que en el resto de la sociedad) impide en muchos casos la aceptación de aquellos aspectos del programa ecologista que entran en contradicción con ellas. Puesto que todo el espectro político actual procede directa o indirectamente de los viejos sistemas ideológicos, la creación de un verdadero ecologismo estructural requiere una integración ideológica propia, sin la cual no es posible un programa coherente de la amplitud y profundidad necesarias.

Quizá uno de los motivos por los que esta cuestión rara vez es abordada es por el convencimiento “postmoderno” muy generalizado de que el pensamiento político actual ya no es ideológico. Sin duda, en las últimas décadas hemos asistido al derrumbe de los grandes sistemas revolucionarios y, en cierto sentido al menos, ni la sociedad ni tan siquiera buena parte de la clase política –cada vez más profesionalizada- tienen ya planteamientos ideológicos. Sin embargo, y evitando deliberadamente la espinosa pregunta sobre qué es en el fondo la ideología, el hecho indiscutible es que tras casi tres

décadas de capitalismo triunfal, las tesis del Pensamiento Único y del Fin de la Historia son sencillamente insostenibles: la idea de Progreso ha sido, en efecto, desterrada del imaginario colectivo, pero esto, lejos de llevarnos a un mundo libre de problemas y en el que la política sería sustituida por la gestión y por el Libre Mercado –o al menos a aquella “Pax Americana” que prometían los menos cínicos- ha tenido como consecuencia una involución social y política global que puede percibirse a casi todos los niveles. Y por supuesto, dado que el clima, la biosfera y las reservas minerales de la corteza terrestre no se ven afectados por nuestras nociones culturales sino por nuestro consumo de materias primas y energía, el supuesto fin de la ideología no ha corregido las gravísimas tendencias medioambientales de nuestra civilización global, sino que ha permitido una intensificación de sus peores prácticas y ha desmantelado o bloqueado los mecanismos e instituciones nacionales y supranacionales que podrían haber servido para comenzar el cambio.

Es posible –y seguramente muy deseable- que el término “ideología” ya no vuelva a cobrar la importancia que tuvo en el siglo XX, al menos entre los discursos progresistas (de hecho, paradójicamente, el neoliberalismo resulta una ideología en muchas de las peores acepciones irracionalistas del término). Sin embargo, la actualidad nos recuerda cada día de manera más apremiante que esos discursos progresistas deben, al menos, recuperar ciertas nociones identitarias clave. Por más que en muchos círculos se discuta sobre la validez de la terminología, la división que durante varios siglos ha separado la izquierda de la derecha sigue tan vigente como el primer día: el neoliberalismo está construido sobre una cosmovisión que ensalza el egoísmo, la codicia y la defensa de los privilegios. Es la tarea de aquellos que estamos en contra de esa cosmovisión, crear otra alternativa que se apoye sobre los mejores valores históricos de la izquierda (incluso si para ello debemos renunciar a sus símbolos): la Libertad, la Igualdad, el Internacionalismo y el Progreso.

Tratando de avanzar algo más allá de este análisis (ya un poco manido) y volviendo al ecologismo, ¿por qué reclamar de nuevo esa vieja división –que tanto odio y tanta violencia ha causado históricamente- cuando se trata de construir un proyecto acerca de la conservación del medio ambiente, de mantener el planeta habitable para que el ser humano pueda continuar existiendo en él? ¿No debería ser posible para cualquier individuo incluirse en él independientemente de su ideología? La respuesta es que el programa del ecologismo, a medida que profundiza en las causas y consecuencias del deterioro del planeta incluyendo todos sus aspectos sociales, políticos y económicos –en definitiva, a medida que evoluciona desde el conservacionismo tradicional hacia el planteamiento estructural- se va haciendo cada vez menos neutro ideológicamente y comienza a entrar de lleno en un terreno plenamente político. Y al hacerlo encuentra resistencias de tipo específicamente ideológico: la cosmovisión que promueve ha ido madurando y creciendo en amplitud y profundidad hasta el punto de dejar de ser asimilable como una parte (normalmente más o menos accesoria) de los programas políticos dominantes. Pero, entrando ya en materia ¿cuáles son esas incompatibilidades ideológicas esenciales? Comenzando por el caso más sencillo, resulta bastante intuitivo que las corrientes conservadoras se hayan sentido tradicionalmente desvinculadas del ecologismo: por un lado, el materialismo capitalista ofrece la recompensa de la riqueza y el poder social a aquellos individuos capaces de producir más y más barato (ya sea mediante la tecnología o la organización), de conseguir más materias primas, de alcanzar mayores mercados trasladando sus mercancías más lejos, de encontrar (o crear

si lo primero no es posible) necesidades que cubrir con nuevos productos, etc. Por otro lado, el Cristianismo, que se podría considerar la base espiritual del conservadurismo occidental, tiene una clara noción de la Naturaleza como un regalo de Dios al Hombre, que este puede y debe explotar a su antojo, sobre la que debe multiplicarse sin control e incluso a la que debe imponerse llegado el caso. Al mismo tiempo, el primero incorpora una visión economicista que le ha permitido ignorar sus externalidades casi desde su origen: no sólo aquellas de carácter moral (y que podrían considerarse por tanto “opcionales”) sino también aquellas de tipo práctico que podían llegar incluso a amenazarlo: antes de la cuestión de la insostenibilidad física por el agotamiento de los recursos y la superpoblación (y sobre esta última hace mucho tiempo que se dispone de perspectiva histórica suficiente como para haber dado la voz de alarma) se ignoraron los problemas de los excedentes de la producción, de la necesidad de imperios coloniales que proveyeran a las metrópolis de materias primas y nuevos mercados de consumo, de los movimientos obreros nacidos de la injusticia social, de la inestabilidad periódica de los mercados, etc. En todos los casos, estos problemas han causado crisis (y a menudo guerras) a las que el modelo capitalista se ha ido adaptando. Mientras tanto, la cosmovisión cristiana, que considera al Hombre como la creación predilecta de Dios en el Universo, es íntimamente incapaz de admitir que algo que no sea Dios pueda destruirnos: así como el hombre no es capaz de valerse sin una entidad superior, tampoco es concebible que pueda llevar a cabo históricamente actos realmente irreparables.

Aunque esta visión pueda resultar un tanto caricaturesca, parece razonable hablar de un conjunto bien imbricado de memes¹⁷ (de los que estos serían sólo los ejemplos más obvios y cuyo análisis detallado merecería un trabajo más ambicioso) que, heredados de sus precursores históricos, llevan a la cultura conservadora occidental a oponerse al ecologismo desde un nivel no sólo pragmático sino directamente ideológico. Sin embargo, como ya se adelantaba al principio, algo similar sucede en los orígenes de la cultura izquierdista: desde el antropocentrismo exacerbado del proyecto modernista e ilustrado (en el que también hunde sus raíces una parte importante del capitalismo original), que veía como una conquista del intelecto humano cualquier transformación del medio natural, tanto más digna de celebración cuanto más profunda e irreversible, junto a su corolario de una fe irracional en la ciencia y la tecnología, se llega a la celebración de la producción y la industrialización como medio de emancipación del proletariado de los socialistas utópicos y los comunistas. Desde el optimismo organizativo de Kropotkin al “electrificación y poder para los soviets” de Lenin, pasando por la necesidad de que el capitalismo se arrastrara a sí mismo a sus últimas consecuencias con el objeto de traer la Revolución del materialismo histórico o la aceptación de la mitología conceptual capitalista del “trabajo” y la “producción” que tiene lugar en el pensamiento marxista (que trata de subvertir las relaciones de poder que existen alrededor de estos conceptos, pero no discute su validez), queda poco espacio en el socialismo clásico para ideas que hoy pudiéramos considerar ecologistas.

Por supuesto, todo esto debe ser considerado en su contexto histórico, en el que tiene sentido: la lucha del siglo XIX y buena parte del XX era acerca del reparto de los medios de producción, y los efectos externos a la esfera inmediatamente sociopolítica de los

¹⁷ Aquí nos referimos a la noción de “meme” propuesta por R. Dawkins, que alude a un elemento cultural capaz de autoreplicarse, transmitirse, combinarse y evolucionar a través del medio social de manera similar a la que un gen lo hace en el medio biológico.

propios medios de producción eran lejanos y difíciles de ponderar en un mundo que todavía parecía infinito ante la escala humana. Aunque se podría pensar en corrientes opuestas al progreso productivista (los aristócratas herederos del feudalismo o los movimientos obreros luditas, por ejemplo), no cabe atribuirles ni intenciones genuinamente ecologistas en el sentido moderno (no buscaban compatibilizar progreso y sostenibilidad, sino detener el progreso en un estadio arbitrariamente percibido como mejor), ni una influencia excesiva sobre la evolución posterior del pensamiento. Resulta interesante recordar aquí el proceso de fundación de la teoría económica –subrayado por Naredo¹⁸ y otros- en el que, en paralelo con una formalización e introducción en el mundo académico (que va acompañada de una creciente y muy discutible pretensión de estatus de disciplina científica), se va alejando de una concepción ligada a la Tierra y a determinados recursos limitados (los “bienes de fondo” de los fisiócratas franceses) en dirección a un discurso cada vez más cerrado y realimentado en que el trabajo sustituye a los recursos físicos primero, y después –ya en la teoría neoclásica- el capital termina por ser el elemento determinante de la actividad económica mientras los aspectos estrictamente “físicos” (materias primas, trabajo, medios de producción) comienzan a desvanecerse hasta llegar a la financiarización generalizada de nuestros días, en que todos los cálculos de valor están monetarizados. Incluso, paradójicamente, las reformas contemporáneas que tratan de introducir elementos nuevos en la teoría, como el impacto ambiental, lo hacen en términos de coste monetario (internalización de costes, ecotasas, multas) pero sin romper nunca con la idea central de que, en cierto modo, todo tiene un precio, y nada es imposible si se dispone de capital suficiente. En una época en que los límites físicos del planeta comienzan a resultar peligrosamente visibles, la prepotente suficiencia autorreferencial de esta disciplina –que la acerca ya peligrosamente a la entelequia- es completamente injustificable. Y sin embargo, vemos de nuevo una serie de memes que, tras pasar por los diversos estadios del pensamiento económico –evolucionando con él-, llegan hasta nuestros días y, sin importar su irracionalidad (de hecho, tras ser revestidos de “ciencia” a pesar de ella), son absolutamente esenciales en la mayor parte de las ideologías contemporáneas. Términos como producción, trabajo, o desarrollo no encontraron en su día interpretaciones económicas muy diferentes en ambos lados del telón de acero, lo que permitió a la doctrina económica capitalista imponer su propio vocabulario –y a través de él, sus valores y su universo conceptual.

Esta evolución, con la herencia de memes que deja a su fin, explica (o más bien enmarca) la oposición esencial del neoliberalismo a la cuestión medioambiental, y lo infructuosos que resultan los intentos de modificar superficialmente sus planteamientos para enfrentar la cuestión de fondo de la insostenibilidad central de un sistema en crecimiento perpetuo dentro de las fronteras de un sistema finito: una toma de postura seria y consecuente del problema conlleva cuestionar muchos de esos memes tales como la identificación acrítica entre crecimiento económico y bienestar social o la noción de que es posible la creación de riqueza como un acto abstracto en el que no intervienen elementos físicos más allá del capital y que por tanto es posible repetir eternamente –lo que podría considerarse la definición del concepto neoclásico de “producción”- que, ya sea por ingenuidad o por cinismo no han perdido ni un ápice de su vigencia y de su aceptación. Pero es importante ver que, como se apuntaba antes, una buena parte de estos memes estaba ya presente en la teoría marxista original (y, en general, en casi

¹⁸ J. M. Naredo, “Raíces Económicas del Deterioro Ecológico y Social”.

cualquier ideología de izquierdas de comienzos del XX) o fue “inoculada” en las sociedades del socialismo real más adelante: sin caer en los peores excesos conceptuales del capitalismo (como la aceptación de la “economía ficticia” financiera), la visión desarrollista, centrada en la producción y en el consumo de recursos, en el desarrollo técnico como medio de mejorar los procesos productivos antes que de reducir la carga laboral de los ciudadanos, ignoraba igualmente las limitaciones del medio ambiente en el que transcurría la economía comunista (y que era el mismo que el de todas las demás economías: el único que hay.).

Durante la Guerra Fría, la mayor parte de la izquierda occidental (al menos la que tenía presencia o vocación parlamentaria) fue optando por versiones más o menos profundas de socialdemocracia (desde el eurocomunismo a las sociedades avanzadas escandinavas), renunciando formalmente a su originaria vocación revolucionaria. Las circunstancias que rodean esta tendencia, así como la pertinencia de esa “decisión” son temas muy complicados que se escapan al alcance de este ensayo. Sin embargo, parece razonable señalar los memes económicos capitalistas en el centro de esta “capitulación”. De nuevo, es el acuerdo acerca de los conceptos centrales que definen la economía la bisagra sobre la que gira la ideología: los partidos socialdemócratas no cuestionan ya la base esencial de la estructura económica (crecimiento, capital, trabajo asalariado, consumo), sino sólo sus consecuencias sociales y –en algunos, en menor medida- políticas. Cuando finalmente cae el Muro, buena parte de esa crítica social y política es barrida por la ofensiva neoconservadora –imparable tras su victoria sobre el “programa alternativo” que suponía la existencia de la URSS-, que a menudo arranca desde las posiciones comunes económicas en que la izquierda ya ha abandonado cualquier pretensión de imponer sus propios valores. Así, el discurso heredero de la socialdemocracia y del progresismo tradicional, agotado y vaciado de contenido, se sume en una profunda crisis de la que todavía no ha salido. A pesar de la evidencia creciente de que el discurso conservador (con o sin “neo”) no está tampoco produciendo los resultados prometidos, de que la hegemonía de los ganadores de la Guerra Fría no está de ninguna manera asegurada y de que se avecinan graves crisis energéticas y ambientales, el progresismo no sólo no ha sido capaz en las últimas décadas de renovar su discurso y de incorporar a él elementos que a un tiempo fueran ecologistas y contrarios a la lógica económica neoliberal, sino que, por el contrario, ha optado generalizadamente por profesionalizarse, “desideologizarse” y elegir sólo algunos temas sociales –inofensivos para el capitalismo, irrelevantes para el medio ambiente- como terreno de enfrentamiento. Este camino, ejemplificado por la “Tercera Vía” del laborismo británico de Blair, se instala en la idea de que sólo hay un sistema económico (administración en vez de política) y de que, por lo tanto, la única misión de la izquierda es intentar humanizarlo y amortiguar los problemas sociales que crea.

Se podría hablar todavía de otro camino, intentado por otra parte de los partidos de izquierda tradicionales y en principio más esperanzador desde el punto de vista ambiental: el llamado paso del “programa rojo” al “programa verde-rosa-blancomorado”. En efecto, las sociedades occidentales de los 70 y 80, en las que calaba un desencanto cada vez mayor con respecto a la ideología tradicional, así como un sentimiento marcadamente antiautoritario (en parte, quizá una versión de izquierdas de un individualismo que ha sobrevivido como único valor indiscutible y cuya transición al narcisismo de Lipovetsky empezaba a intuirse), comienzan a plantear, en la línea del postestructuralismo (que precisamente arranca en el Mayo francés) y la mezcolanza

programática que será la vertiente política del llamado postmodernismo, una renuncia al Programa y el Partido como centros de la praxis y el discurso y a sustituirlos por las causas concretas, sociales e inmediatas, y por unas líneas de actuación centradas en organizaciones menos estructuradas como ONGs o redes sociales. Conviene subrayar aquí, que esta transición es principalmente social y no política, en la medida en que supone más un cambio en las escalas de valores de la sociedad (en principio de la izquierda sociológica, luego de círculos cada vez más amplios) que sólo parcialmente y a remolque es seguida por los partidos. Así, los programas políticos de los partidos de corte socialdemócrata empiezan a poblarse de feminismo, defensa de las minorías, cooperación internacional y ayuda al desarrollo, derechos de los homosexuales, etc. Por supuesto, entre las causas que aparecen en esta época, una de las principales es el ecologismo: apenas existente hasta entonces en las versiones más limitadas de asociaciones de defensa de los animales, espoleados por los innumerables problemas creados por el periodo de desarrollo sostenido más importante de la historia humana y por las crisis energéticas de los 70, comienzan a aparecer los movimientos asociados a la defensa de especies y hábitats amenazados (como las ballenas o la Amazonia), el movimiento antinuclear o la propuesta de energías renovables. Al mismo tiempo, conceptos como el Cambio Climático o del Pico del Petróleo abandonan los círculos exclusivamente científicos en los que habían permanecido hasta entonces y comienzan a popularizarse moderadamente¹⁹.

Desgraciadamente, la proliferación de todas estos “subprogramas” no consiguió cristalizar en un único programa con entidad suficiente como para constituir una “ideología de recambio” que enfrentara la hegemonía conservadora tras el fin de la Guerra Fría, ni a nivel político ni tan siquiera a nivel social (y uno de los motivos que parecen más importantes es la propia renuncia de la izquierda al concepto de ideología). Llegados a este punto, es justo admitir que este tipo de acción política ha liderado el progreso social en las últimas décadas, logrando importantes avances en muchas de sus causas: al menos en Europa, el machismo, el racismo o la homofobia son considerados inaceptables por sectores cada vez mayores de la sociedad, y por primera vez en la historia comienza a extenderse una verdadera conciencia ecologista, que comienza a percibir al ser humano unido inevitablemente a su planeta y comprender las limitaciones de ambos. Incluso, en lo económico-social podría hablarse a lo largo de los 70, 80 y parte de los 90 de una “Edad de Oro” del Estado del Bienestar, en la que en las democracias avanzadas del continente (e incluso, en menor medida, en países intermedios como España) se introdujeron mecanismos de redistribución de riqueza y de cobertura social sin precedentes –que ahora están siendo sistemáticamente desmantelados-, y se tomaron importantes medidas que permitieron poner freno a los peores excesos industriales –en Europa- y la recuperación de parte del medioambiente – europeo- con la designación de zonas y especies protegidas. Sin embargo, a pesar de todo ello, las limitaciones programáticas de este modelo fueron haciéndose cada vez más evidentes a medida que la agenda liberal avanzaba, dejando al descubierto su evidente contradicción fundamental: no es posible atajar realmente los problemas sociales y medioambientales de nuestra sociedad global sin transformar (al menos de manera parcial pero relevante) su sistema económico. Como si al abandonar el marxismo hubiera olvidado también las relaciones entre infra y superestructura, la izquierda ha ido disolviéndose en el revisionismo, tratando de hacer encajar un

¹⁹ Aquí puede citarse como ejemplo paradigmático la publicación de “Los Límites del Crecimiento” por el Club de Roma en 1972.

programa imposible: un planteamiento verdaderamente ecologista es incompatible con la aceptación más o menos tácita de la sociedad de consumo, de la economía del crecimiento perpetuo, de la completa hegemonía de los mercados financieros y de los grandes grupos empresariales sobre los poderes públicos, etc. Y lo mismo sucede con muchos otros de los “subproyectos” que exhibe en su haber la izquierda parlamentaria, tales como la igualdad social, la diversidad cultural, el fin de la brecha Norte-Sur, el pacifismo, etc.

Si bien esta contradicción ha impedido que el centro-izquierda sociológico pueda encontrar una ideología sólida y coherente, en el caso de los partidos políticos que habrían debido canalizarla se puede hablar de un problema añadido, y que también ha sido crucial en la desactivación de ese “discurso verde-rosa-blanco-morado”: la profesionalización de la política y el divorcio entre la izquierda parlamentaria y sus bases sociales. En efecto, aceptando el abandono de la ideología propugnada por la visión derechista del Fin de la Historia (y, paradójicamente, también por el relativismo pretendidamente progresista de la postmodernidad) –a menudo una decisión interesada por parte de los individuos o grupos de individuos en el poder-, el ejercicio de la política se trivializa, se vacía de contenido y se convierte en una búsqueda del poder por el poder. Así, los antiguos partidos de masas, originalmente basados en el sindicalismo y en sus apoyos sociales se convierten en estructuras vacías que subcontratan a empresas externas su publicidad electoral y su imagen pública, y en las que la democracia interna desaparece. La culminación de este proceso es el actual estado de decadencia terminal de la socialdemocracia europea, integrada en la “casta” política del sistema, completamente divorciada de sus bases sociológicas y continuamente salpicada por escándalos de corrupción y abuso de poder, resultado de la falta de un proyecto político más allá de la permanencia en el poder. Así, la madurez del movimiento ecologista coge a la socialdemocracia demasiado profesionalizada, ideológicamente débil y alejada de sus bases como para poder llegar a incorporar las ideas centrales (que, en todo caso, quizá tampoco estaban demasiado bien formuladas al comienzo) en su discurso ideológico, imposibilitando un “relevo generacional” efectivo (con las excepciones parciales que existen, como el movimiento ecologista alemán).

Por supuesto, no todas las organizaciones progresistas renunciaron a criticar el sistema económico capitalista. Sin embargo, una de las grandes victorias ideológicas de la derecha ha sido lograr que, de manera cada vez más explícita, dichas posturas fueran siendo consideradas como “antisistema” –independientemente de que lo fueran o no-, efectivamente empujándolas al ámbito político de la extrema izquierda que, en sociedades cada vez menos politizadas y más acomodadas, supone la condena al aislamiento social y la inexistencia mediática. Llegamos así a otra conclusión importante: la teoría ecologista moderna, el fermento del “ecologismo estructural” ha enraizado y, sobre todo, se ha desarrollado en el entorno de la izquierda alternativa²⁰, entendiendo como tal al sector social que ha mantenido sus críticas de fondo al sistema económico capitalista, o al menos a algunos de sus elementos importantes. Desde luego, la calificación de este sector como “extremo” es muy discutible y obedece a intereses concretos, pero en todo caso es indiscutible que no representa a un sector mayoritario

²⁰ Los términos “izquierda alternativa” o “izquierda social” se proponen aquí para tratar de evitar las connotaciones peyorativas de extremismo y hasta de violencia que tienen ya términos como “extrema izquierda” o “izquierda radical” y que quizá serían más apropiados.

de la sociedad. En este sustrato, caracterizado por la flexibilidad ideológica y la rebeldía que permite la lejanía del poder, ha sido posible que al menos algunas de sus corrientes renuncien a los memes contraecologistas²¹ de la primera izquierda (del mismo modo en que renuncian a muchas otras herencias indeseables, como el estalinismo, el culto irreflexivo a la tecnología, el puritanismo soviético, etc.) e incorporen elementos completamente nuevos tales como la sostenibilidad, el anticonsumismo o el internacionalismo medioambiental. En este espacio ideológico, en que es posible una ilimitada experimentación conceptual, una multitud de pequeños grupos y células han comenzado a elaborar, de manera fragmentaria y especializada, en ocasiones contradictoria, pero a menudo complementaria, las partes de un discurso que tiene el potencial de coherencia y funcionalidad que faltaba en la izquierda tradicional y que incorporaría ese ecologismo estructural en una armazón política, social y económica compatible con él. Por supuesto, este entorno de desarrollo ha dejado también su impronta sobre el movimiento ecologista, incorporándole algunos de sus propios valores y memes. Respecto a éstos, a diferencia de lo que sucedía con la izquierda de ámbito parlamentario, la izquierda social es mucho más diversa e independiente, por lo que es arriesgado hacer generalizaciones y prácticamente cualquier rasgo característico puede encontrar importantes excepciones. Sin embargo, se puede tratar de señalar tentativamente algunos de los más evidentes y relevantes desde la perspectiva del desarrollo del ecologismo. Muchas de las virtudes ya mencionadas de la izquierda alternativa (antiautoritarismo, pluralidad, contacto directo con la problemática social, capacidad de renovación, audacia ideológica, etc.), que le han permitido desarrollarse y madurar están ahora incorporados al discurso ecologista. Sin embargo, este también ha heredado algunas tendencias que resultan potencialmente paralizantes y por tanto peligrosas.

En concreto, uno de los problemas crónicos de la extrema izquierda es la renuncia más o menos expresa al pragmatismo o aun al posibilismo. Esto puede resultar útil en un primer estadio del desarrollo conceptual, ya que elimina prejuicios y barreras, permitiendo el desarrollo de ideas originales y ambiciosas, que desafíen abiertamente el *status quo* y exploren las posibles ramificaciones de las alternativas. Sin embargo, una vez esa fase queda atrás (y en muchos aspectos, esa es la situación que nos ocupa ahora), es casi tautológico afirmar que un proyecto político sin un mínimo de posibilismo no tiene ninguna posibilidad de salir de la marginalidad. Este planteamiento de “todo o nada” se ve a menudo, con distintos grados de intensidad, en el ecologismo: posturas interesantes, con el potencial de ser transmitidas a la sociedad y de realizar cambios profundos y efectivos, se exageran o se cargan con planteamientos sólo aceptables desde parámetros ideológicos muy particulares, impidiendo su difusión, dificultando su integración en un discurso más amplio y finalmente condenándolas a la marginalidad y a la inexistencia política. Las culturas de la bicicleta urbana, de las cooperativas de consumo o del asociacionismo vecinal (de fines ecologistas o de otro tipo) son sin duda interesantes, en la medida en que proponen soluciones parciales efectivas a varios de los problemas centrales de la insostenibilidad de una gran ciudad y tienen el potencial de ser extendidas a estratos amplios de la sociedad (como de hecho ya ha sucedido en otros

²¹ Proponemos el término “contraecologista” en lugar de “antiecologista” para subrayar el hecho de que, a pesar de ser contrarios al programa ecologista actual, fueron concebidos en un tiempo en que muchos elementos de éste eran desconocidos o irrelevantes, y por tanto la intencionalidad del prefijo “anti” parece excesiva. En este sentido, cabe señalar una clara diferencia entre aquella “contraecología” más o menos inconsciente y la injustificable irresponsabilidad de los ideólogos neoliberales contemporáneos.

lugares o en otros momentos históricos). Sin embargo, si estas ideas se ligan forzosamente, por ejemplo, a la renuncia a la tecnología y las ciudades, y se enmarcan dentro de un proyecto de decrecimiento y ruralización que se propone como el único en el que pueden tener sentido o valor, se está impidiendo que se transmitan a la sociedad unos valores generalizables y positivos por anteponer un programa que es muy discutible (en este caso particular, el proyecto de “decrecimiento tecnológico fuerte” ni siquiera es mayoritariamente aceptado entre la izquierda alternativa) y, en cualquier caso, esencialmente ajeno a los planteamientos de la mayor parte de la sociedad.

En este aspecto, es especialmente importante un meme (Kundera hablaba de manera similar de un ideal estético, o “kitsch”) que la izquierda alternativa ha transmitido al ecologismo, y que puede resultar especialmente paralizador: la idea de la “Gran Revolución”. Las ideas revolucionarias han ocupado tradicionalmente un lugar de honor en el ideario colectivo de la izquierda, y hay buenas razones para ello: concebida como el recurso último de las masas oprimidas o como el mecanismo por el que las reivindicaciones pueden llegar a hacerse realidad, la revolución ha sido históricamente la herramienta con la que los movimientos obreros, bien llevándola a cabo, bien amenazando con hacerlo, han logrado las importantes mejoras que la sociedad ha incorporado en los últimos dos siglos. De hecho, en un cierto momento histórico, la Revolución llegó casi a alcanzar su dimensión épica de “Lucha Final” tras la cual todo el viejo sistema se vendría abajo, dando paso a la Utopía (y de hecho, si no fue así se debió más a los problemas en la organización de la “utopía” que a la revolución en sí): al final de la Primera Guerra Mundial, con Rusia, Hungría y Alemania sumidas en procesos revolucionarios y con el resto de los países europeos (Francia, Italia, Inglaterra o España) y hasta - en menor medida- Estados Unidos dotados de fuertes movimientos obreros, incluso la idea de una Revolución Global que hubiera acabado con el capitalismo e instaurado algún tipo de sistema socialista en su lugar no era descabellada. Es perfectamente lógico que en aquella época muchos teóricos políticos de la izquierda defendieran la revolución (incluso la global) como un proyecto deseable y realizable. Por otra parte, al menos en occidente, la izquierda moderna tiende mayoritariamente al pacifismo y rechaza las organizaciones verticales necesarias para la organización de una revolución al uso (como la revolución rusa), de modo que la imaginería de los cañones del Aurora anunciando la toma del Palacio de Invierno ha ido dando paso a una idea más sutil y resbaladiza pero que se puede señalar claramente como heredera de la anterior. En el programa de muchos de los planteamientos menos posibilistas que se observan en la izquierda (aquí ya no sólo en el ecologismo), se puede encontrar -una vez más, tácita o explícitamente- una especie de “Gran Cambio” tras el cual la sociedad cambia sus valores y comienza a aplicar el programa propuesto. En general, este “Gran Cambio” se parece mucho más al resultado de una propagación de valores que alcanza una masa crítica que a una sublevación más o menos activa, pero los paralelismos con la pequeña célula revolucionaria que trata de concienciar al proletariado para que se levante en armas son evidentes. Antes de recurrir al ejemplo extremo y caricaturesco para tachar sin más de ingenua esta postura, conviene señalar que, en mayor o menor medida, todos los movimientos sociales de la izquierda alternativa compartimos alguna forma de ese programa: en definitiva, partimos de una visión y de un conjunto de valores que no son necesariamente compartidos a priori por la sociedad y, a pesar de ello, aspiramos a transformarla, lo que -en una democracia- siempre conlleva una parte de luchar por cambiar los valores de la mayoría (sacándola de sus errores o mostrándole propuestas interesantes) para que apoye la transformación deseada. Si evitamos la torpeza de centrarnos en los casos más extremos -en los que el alejamiento del posibilismo es

patológico- está claro que cualquier programa que conlleve una crítica radical y que ha sido por tanto etiquetado de “antisistema”, está obligado a encontrar un delicado balance entre la ambición de sus aspiraciones y lo realizable de su puesta en práctica. El mejor punto de equilibrio en este balance es imposible de determinar objetivamente y las distintas posturas que existen al respecto tienen mucho peso los puntos de partida (metodológicos, ideológicos, históricos e incluso sentimentales) de cada uno. En este contexto, el peligro de heredar el meme de la “Gran Revolución” radica en que ofrece un respaldo muy fuerte (con un gran prestigio histórico y un valor simbólico muy profundo) a las posturas menos pragmáticas: en efecto, se puede llegar a plantear un programa que renuncie a cualquier grado de compromiso con la realidad del contexto actual y las fuerzas de que dispone la izquierda y pretender al mismo tiempo que no es un mero ejercicio intelectual sino algo que llegará a realizarse algún día (y en el que por tanto se deben invertir esfuerzos concretos) si su puesta en práctica se traslada al otro lado de alguna variedad de “Gran Cambio” que puede, en principio, alejarse hacia el futuro el tiempo que sea necesario. Este problema es más profundo de lo que parece, puesto que la moralidad de aceptar concesiones en los principios en aras del posibilismo es muy problemática y es posible²² sostener posturas extremadamente críticas con el sistema pero cuya capacidad para resultar efectivamente subversivas sólo puede esperarse al cabo de generaciones. Máxime cuando, como apuntaba antes la diferencia entre el discurso “realizable y razonable” frente al “irrealizable y enrocado” es sólo cuestión de grados, puesto que ambas incluyen su propia versión del “Gran Cambio”.

Este es un grave problema histórico de todos los movimientos emancipatorios y no va a ser solucionado aquí. Sin embargo, por grave que sea y haya sido históricamente para la izquierda en general, al volver al movimiento ecologista, toma una importancia cualitativamente mayor y que nos atreveríamos a señalar como única en la historia del pensamiento político: en efecto, cuando se trata de luchar por lograr un modelo de civilización realmente sostenible, que permita al ser humano sostenerse indefinidamente sobre el planeta, el tiempo está limitado. En definitiva, por primera vez en la historia el “Gran Cambio” debe afectar no sólo a los mecanismos de la sociedad humana, sino también a los que ésta utiliza para relacionarse con el medio del que depende. Pero –he aquí la novedad- éste ha entrado ya en un proceso de decadencia parcialmente irreversible que, salvo que se apliquen medidas efectivas a corto plazo tendrá un impacto gravísimo sobre la vida del planeta, incluyendo al hombre. Y, de nuevo por primera vez en la historia, dado que nos encontramos no en el terreno de nebulosas predicciones políticas (como las del materialismo histórico de Marx) sino en el de la ciencia. Y así, “a corto plazo” quiere decir más o menos unos veinte años, “medidas efectivas” quiere decir impedir que la concentración de gases de efecto invernadero supere ciertos valores bastante bien conocidos y finalmente, “impacto gravísimo” quiere decir aumento de varios grados en la temperatura del planeta, aumento del nivel del mar, extinción de especies, desertificación, quizá aumento en la frecuencia de temporales y huracanes, refugiados climáticos, hambrunas, guerras... En este momento histórico disponemos de predicciones científicas que nos dicen, con unos márgenes de error de una década, cuánto durará el petróleo, hasta cuándo podemos seguir emitiendo, cuántos habitantes caben en el planeta. Peor aún, para evitar un desastre de consecuencias impredecibles (pero que, contra lo que algunos parecen pensar, difícilmente va a ayudar a avanzar el ideario progresista) se requieren acciones

²² “Posible” en el sentido de “posible sin incurrir por ello en un discurso inconsistente, contradictorio o irresponsable”.

inmediatas cuyos efectos o los de su omisión tardarán decenas de años en percibirse. Al mismo tiempo, no sólo se establece un plazo máximo, sino también unos resultados mínimos: tampoco servirá de nada un programa, por factible que resulte, que no logre reducir las emisiones, el consumo de materias primas y el cambio de uso de suelos hasta unos niveles concretos. La cuenta atrás que conduce a la muerte del planeta avanza inexorablemente, y a diferencia de lo que ocurría con las injusticias de clase o con los procesos inevitables del materialismo histórico, no disponemos del tiempo necesario para hacer las cosas bien. Por graves o injustas que fueran las condiciones sociales que se pudieran dar en el pasado en cualquier sociedad, el argumento de “la revolución la harán mis hijos pero lo cambiará todo y por ello vale la pena esperar y no renunciar a nada” era, como mínimo, defendible. Pero ya no: si la “Gran Revolución Pacífica” tras la cual el sistema capitalista-industrial será depuesto para instaurar un régimen de sostenibilidad y justicia social intachables la realiza la generación de nuestros hijos, entonces el proyecto ecologista habrá fracasado rotundamente y los daños sufridos por la biosfera serán irreparables. E incluso se puede ir más allá: las crisis económicas y sociales que muy previsiblemente van a sufrir en un futuro no muy lejano las sociedades occidentales como resultado de los efectos del Cambio Climático y el agotamiento de los recursos podrían muy bien ir enrareciendo las condiciones democráticas en que hoy nos encontramos, como de hecho ya indican las preocupantes tendencias autoritarias de los Gobiernos occidentales ante la crisis financiera (que van desde el incremento dramático de la violencia policial a la creación de leyes para perseguir el activismo o las reformas electorales diseñadas para apuntalar el bipartidismo), y terminar por impedir la actividad –y quién sabe si la existencia- de la izquierda alternativa. En el ecologismo, el espejismo de la “Gran Revolución” es particularmente peligroso y la tentación de plantear soluciones demasiado radicales para ser realizadas en un tiempo no ya razonable sino exacto puede paradójicamente acabar produciendo el mismo resultado que esperar a que la Mano del Mercado solucione el problema por su cuenta.

Después de este largo rodeo, parece que se logra una imagen medianamente completa de la posición socio-ideológica del ecologismo actual y de su principal problemática: tras ser relegado a un estatus antisistémico por los motivos expuestos antes, el ecologismo ha madurado en las dos últimas décadas al margen de las principales corrientes políticas con representación parlamentaria. El haberse desarrollado en ese ámbito ha impreso en el movimiento gran parte de su carácter. Una parte de esa herencia es claramente positiva (integridad ideológica, antiautoritarismo, flexibilidad conceptual, experimentación programática), pero una serie de corrientes existentes en algunos sectores de la izquierda alternativa resultan problemáticos para su desarrollo ulterior, tales como la renuncia tácita o explícita al posibilismo y la tentación –heredada del kitsch tradicional de la izquierda- de esperar demasiado para no renunciar a un programa demasiado ambicioso. A día de hoy, aunque fragmentado, el ecologismo ha alcanzado un nivel de madurez suficiente para formar un discurso autónomo, con una crítica muy profunda al sistema económico y político capitalista y un programa de soluciones coherente y realista. Además, la crisis ha dado también lugar a la eclosión global de un movimiento de resistencia al neoliberalismo que, tomando el relevo del movimiento altermundista, ha comenzado todo un nuevo ciclo de protestas - Primavera Árabe, Grecia en 2010, 15M, Occupy, Gezi Park, Mundial de Brasil, etc. Este movimiento, de origen frecuentemente ciudadanista, ha comenzado a ahondar su discurso político, centrándose en el rechazo de los partidos políticos tradicionales y en una profunda desconfianza en el binomio capitalismo-democracia representativa que se

perciben como responsables de la situación actual. Y, lo que resulta aún más importante, a pesar de tratarse de un movimiento emergente (y que debe competir con el también relevante ascenso del neofascismo), está construyendo un puente por el que el discurso de la izquierda alternativa logra volver a alcanzar a sectores amplios de la población.

En este contexto ¿cómo podemos llegar a la integración ideológica del ecologismo estructural y convertirlo en un discurso efectivo para el cambio? En primer lugar, es evidente que ha llegado el momento de que el nuevo ecologismo, al igual que el resto de la izquierda alternativa, salga del entorno minoritario en que ha estado hasta ahora y de que sus tesis centrales sean “recuperadas” por el discurso izquierdista mayoritario. Por supuesto, cuando se pide la recuperación del ecologismo por el discurso mayoritario, no se trata de llevarle a una “derechización”, sino de despojarlo de sus elementos exclusivistas o no funcionales, planteando una opción que resulte aceptable a un espectro político mucho más ancho: desde una izquierda que, al realizar esto, perdería quizás su estatus de “extrema” hasta el centro-izquierda despolitizado pero concienciado de la cuestión ecologista. El problema de la “derechización” debe resolverse mediante la superación ideológica: no es suficiente con proponer medidas de izquierdas que planteen una solución ambiental a las políticas neoliberales, sino que se deben plantear nuevos marcos conceptuales en los que los planteamientos tradicionales dejen de funcionar. No se trata de ganar la discusión en los términos en los que la teoría económica capitalista la plantea, sino en superar esos términos (que –no lo olvidemos– son objetivamente obsoletos) y replantear la cuestión en otros nuevos. No tiene sentido discutir si el mercado liberalizado gestiona mejor los recursos que el control público –aunque se pueda tener la certeza de que no es así–, porque en ese terreno la propia terminología en que transcurre el debate está marcada. Se trata de trasladar la discusión al terreno de la incapacidad del mercado para asumir los límites físicos del sistema en el que trabaja, y para incluir eficazmente las externalidades que genera. Es en ese terreno en el que se puede recuperar la iniciativa ideológica y desafiar al Pensamiento Único: no discutiendo si el déficit debe ser reducido para salir de la crisis, sino cuestionando el PIB como indicador de la prosperidad real de un país, no discutiendo la flexibilización del mercado laboral, sino recuperando el debate acerca de cuál es y cuál debería ser el papel de las empresas y de la economía en la sociedad. En definitiva, se trata de la misma tarea de integración y superación discursiva que ya acometieron en su momento movimientos como el 15M para lograr sus acuerdos de mínimos, o que hoy están acometiendo los nuevos partidos políticos herederos de los nuevos movimientos (como Syriza o, más claramente, PODEMOS).

De hecho, se puede argumentar –en gran medida por los motivos ya expuestos aquí– que un ecologismo funcional no es asumible por posturas ideológicas demasiado conservadoras, de modo que su generalización –al menos mientras no se pierda en profundidad y coherencia– no puede suponer una derechización del ecologismo, sino, por el contrario, una “re-izquierdización” de las fuerzas progresistas existentes. A este respecto, cabe añadir aquí que, si bien se han descrito resistencias ideológicas en todo el espectro político, no debe concluirse por ello que están igualmente distribuidas en él: mientras que la izquierda puede llegar a ser ecologista a través de la superación de ciertos elementos también obsoletos y del abandono de discursos económicos aceptados al liberalismo, esto resultará mucho más complicado a la derecha, actualmente embarcada en un programa profundamente reaccionario que de ninguna manera

coincide en valores o propósitos con el ecologismo: como también señala Klein²³, “simplemente no hay manera de encajar un sistema de creencias que desprecia la acción colectiva y entroniza el libre mercado con un problema que requiere acción colectiva a una escala sin precedentes y una contención dramática de las fuerzas de mercado que crearon y están agravando la crisis”. Así pues, la integración del ecologismo estructural en un nuevo discurso emancipatorio no sólo servirá de salvaguarda para asegurar que este no se derechiza, sino que le añadirá una dimensión completamente inasimilable para todo el discurso reaccionario actual.

Por otra parte, la naturaleza técnica de una buena parte de la cuestión ecologista permite desarrollar una buena parte de las propuestas y de los análisis en un terreno al menos parcialmente científico y desde luego mucho más objetivo que aquel en el que se realizan la mayoría de los debates económicos o políticos actuales. En efecto, la realización de propuestas concretas para los modelos energético, urbano, de consumo, de gestión del territorio, de transporte, etc. requerirán del ecologismo estructural la madurez suficiente como para profundizar en todos estos temas y tratarlos en el grado de detalle técnico que requieren. Este grado de madurez se ha alcanzado ya en gran medida, y desde luego se comienza a percibir una distancia muy importante entre los modelos alternativos ya existentes y la manera en que está gestionando la situación la actual élite política. A cambio de este esfuerzo, estas propuestas pueden llegar a constituir un armazón para la integración de otro tipo de elementos más ideológicos, que será más firme y más útil como herramienta de discusión cuanto más detallado y riguroso sea el análisis del que procedan. Así, algunos de los puntos de partida del nuevo discurso podrían estar basados en realidades físicas objetivas (por ejemplo “la Tierra es finita”), a diferencia de lo que sucedía con los discursos izquierdistas clásicos del siglo XX, que partían de tomas de postura más axiomáticas (“Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales”, “una mercancía esto es, toda riqueza cambiante no tiene otro valor que el del trabajo a ella incorporado”, etc). Por supuesto, tampoco debe caerse en la tentación de pensar que el discurso técnico es necesariamente inocente o neutro ni mucho menos en la de olvidar que los aspectos sociales y políticos son al menos igual de importantes, pues son los que determinan qué tecnologías se deben utilizar y por qué, así como cuáles son los mecanismos para implantarlas. De hecho, una parte de la derecha tiene un programa técnico que, partiendo de posiciones diferentes a las de la izquierda, aporta soluciones técnicamente correctas –al menos cuando se consideran sólo en su contexto- a algunos de los problemas anteriores. El capitalismo ha demostrado históricamente su capacidad de transformarse para que en lo esencial no cambie nada, y en ese sentido, muchas de estas soluciones tratan de parchear el sistema para que pueda seguir adelante más o menos como hasta ahora: en el caso de la energía –que resume lo más importante de esta respuesta técnica de derechas- determinadas tecnologías como los hidrocarburos alternativos (fracking, prospección marina profunda, gasificación del carbón, etc.), las técnicas de captura y almacenamiento de CO₂, la energía nuclear, los biocombustibles e incluso otras perfectamente incorporables a un discurso de izquierdas, como las relacionadas con la eficiencia, son propuestas para intentar afrontar la crisis de los combustibles fósiles sin que la estructura del consumo o de la actividad económica deba cambiar. En nuestra opinión, este esfuerzo es vano y sólo puede funcionar a corto plazo: la situación actual es insostenible y sólo transformaciones verdaderamente profundas

²³ N. Klein, “Capitalism vs. the Climate”. The Nation, 9 Noviembre 2011.

de nuestro sistema económico y energético serán suficientes para evitar la crisis de civilización a la que nos dirigimos. Sin embargo, es perfectamente posible –y de hecho ese es el camino que parece estar empezando a tomar la situación- que las crisis ambientales se utilicen para agudizar todavía más las injusticias sociales y para perpetuar el poder económico y político (por ejemplo, utilizando las migraciones que ya está causando el Cambio Climático para azuzar la xenofobia de los países occidentales, o imponiendo la idea de que la guerra por los recursos es inevitable y que debemos prepararnos para ella). Así pues, profundizar en el aspecto técnico del problema no sólo es importante por su potencial integrador, sino que es imprescindible para que la izquierda pueda oponer una resistencia efectiva a un programa esencialmente insuficiente y deliberadamente injusto que se está presentando interesadamente como el único posible –una vez más, gestión en lugar de política- creando otro que sea realizable, que solucione realmente los problemas de fondo de la situación y que arranque de puntos de partida ideológicos progresistas. De este modo, el ecologismo podría sacudirse de una vez el disfraz ridículo de hippie trasnochado con el que han querido vestirle sus enemigos y superar definitivamente su carácter actual de cuestión de sensibilidad, de postura moral no programática para convertirse en un discurso completo, bien estructurado, efectivo y con una vigencia muy superior a la de sus adversarios ideológicos, y en particular a la del neoliberalismo. Al crear esta alternativa concreta, se revelará hasta qué punto el ecologismo ya puede proporcionar un proyecto que, lejos de ser un mero parche a una situación inviable –como son las propuestas neoliberales- permiten imaginar ya hoy de manera muy concreta un modelo económico, energético y político que no sólo garantice la sostenibilidad de nuestra civilización (una acometidas las profundas reformas necesarias), sino también el fin de las injusticias económicas y políticas inevitables en el modelo actual.

El ecologismo estructural no sólo no es un lujo que reservar para tiempos mejores, sino que tiene un papel fundamental en la reconstrucción de la izquierda y en la recuperación de la iniciativa frente al neoliberalismo. Quizá sea la mejor baza que tenemos contra él, puesto que pone de manifiesto sus contradicciones más insalvables. Hoy, nos encontramos en una coyuntura histórica en que muchos discursos radicales, condenados a la marginalidad durante décadas, están volviendo al centro del panorama político, aportando a la reconstrucción de un nuevo proyecto que puede llegar a aglutinar una mayoría social. Ha llegado el momento de que el ecologismo profundo y realista que lleva tiempo gestándose salga a la luz y aporte sus críticas y propuestas a este proyecto de nuevo sentido común de izquierdas, contribuyendo a la lucha por la hegemonía cultural y alcanzando así al fin a un sector mayoritario de la ciudadanía. Para lograrlo es necesario que esa nueva izquierda supere clichés anacrónicos, revise muchos de sus dogmas, y en general, se aplique una fuerte cura de pragmatismo. El planeta seguirá girando igual independientemente de si lo logramos o fracasamos, de que instauremos una sociedad mundial justa y sostenible o de que nos extingamos como especie. Las leyes de la naturaleza no entienden de las necesidades o de las limitaciones humanas y no van a cambiar para adaptarse a nosotros. Por primera vez en la historia, no basta con el cambio: se requiere un cambio suficiente en un tiempo limitado.